RICARDO CATARINEU y MANUEL BUENO

La ráfaga

DRAMA EN TRES ACTOS

POR

ENRIQUE BERNSTEIN

TRADUCIDO AL CASTELLANO



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1906

LA RAFAGA

LA RÁFAGA

DRAMA EN TRES ACTOS

POR

ENRIQUE BERNSTEIN

traducido al castellano por

Ricardo Catarineu y Manuel Bueno

Fué estrenada en el TEATRO ELDORADO de Barcelona, el 2 de Julio, y en el TEATRO DE LA COMEDIA de Madrid, el día 29 de Octubre de 1906



MADRID
R. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA 11
Teléfono número 551

1906

REPARTO

	EN BARCELONA	EN MADRID
EL BARON DE LEBOURG........	Sr. Borrás.	Sr. G.ª Leonardo.
ROBERTO DE CHACEROY......	Llano.	Llano.
AMADEO LEBOURG...........	Ramírez.	Ramírez.
BRAGELIN....................	González.	Gonzálvez.
EL CONDE DE BRECHEBEL.....	Acuña.	Catalá.
EL GENERAL DUQUE DE BRIAL..	Gonzálvez.	Vigo.
EL SEÑOR DE LA VIEILLARDE...	Martí.	Alonso.
FRANCISCO.......	Aguirre.	Aguirre.
EL AYUDA DE CAMARA DE LA SEÑORA DE BRECHEBEL.......	Pérez.	Acuña.
ELENA DE BRECHEBEL.........	Sra. Pino.	Sra. Pino.
LA BARONESA DE LEBOURG...	Caro.	Caro.
LA MARQUESA DE DOULLENCE..	Estrada.	Quijada.
LA SEÑORA DE THIZIEUX......	Lasheras.	Lasheras.

PERSONAJES

El Barón Lebourg, 58 años. Entonado, aparatoso, vestido lujosamente, con pretensiones de distinguido.

Roberto de Chaceroy, 37 años. Rostro varonil, en que se reflejan los estragos de las pasiones. Sóbria elegancia. Hombre de exquisita educación, pero poco expansivo.

Amadeo Lebourg, 39 años. Miope, feo, ruin, vulgar.

Bragelin, 45 años. Pulcro y discreto. Muy hombre de negocios, pero sin ninguna apariencia canallesca.

El Conde de Brechebel, 39 años. Un insignificante. Levemente cargado de espaldas. Lleva barba. Usa lentes.

El General Duque de Brial, 65 años. Un noble á la antigua.

El Señor de la Vieillarde, 30 á 50 años. Fatuo y elegante. Un necio.

Francisco. Ayuda de cámara de Chaceroy.

Elena de Brechebel, 26 años.

La Baronesa de Lebourg, 50 años. Una buena mujer que sabe recibir. Su marido la asombra y aterra.

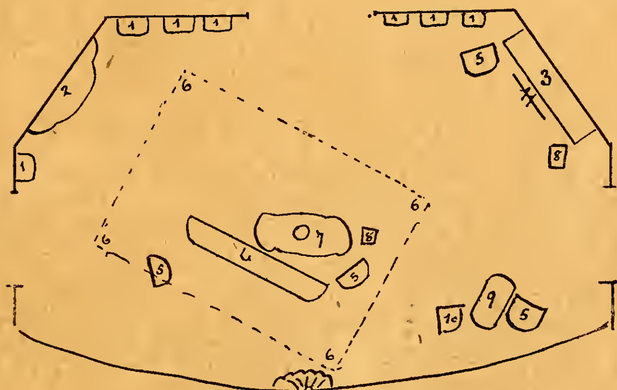
La Marquesa de Doulance. Vieja murmuradora. Poco dinero; esto se nota pronto.

La Señora de Thizieux. Bonita y elegante.



ACTO PRIMERO

Salón lujosísimo en el castillo del Barón de Lebourg. Puertas vidrieras á un parque magnífico. Cinco y media de la tarde. A primeros de Octubre.



1 Sillas doradas y damasco.
2 Consola dorada con espejo, reloj y candelabros eléctricos.
3 Chimenea con «draperie», con reloj y candelabros eléctricos.
4 Sofá dorado y damasco.
5 Butacas; dos iguales al sofá; dos diferentes, pero ricas.
6 Tapiz que va sobre la alfombra.

7 Mesa centro dorada con gran planta de salón.
8 Sillas volantes doradas.
9 Mesita dorada y «peluche».
10 Silla dorada y seda, de «ángulo».
11 Pantalla para chimenea, de «peluche» y bambú dorado.
Algunas revistas extranjeras sobre las dos mesas.
Araña eléctrica. Cortinajes.

ESCENA PRIMERA

GENERAL, MARQUESA, LA VIEILLARDE

MARQ. (Hojeando unos grabados.) ¿Habrá que creer lo que se dice, General? ¿Llevará usted su amistad con nuestro anfitrión hasta el punto de presentarle en el círculo?

GEN. Me he brindado espontáneamente á ello.

VIEIL. Es mucha amabilidad la de usted.

GEN. La votación definitiva será para Enero. Ya sé que el nombre de Lebourg producirá algún revuelo. Pero yo conservo allí cierta influencia. Los viejos, especialmente, me hacen bastante caso, y no me sorprenderá que nuestro amigo sea admitido al primer intento.

MARQ. Es usted más optimista que la mayoría de los socios.

VIEIL. (Con gran deferencia.) ¿Y quién apadrinará con usted su presentación?

MARQ. Roberto de Chaceroy. Huelga la pregunta.

GEN. No, por cierto. El Barón será presentado por su yerno y por mí.

MARQ. No sabía que Brechebel perteneciera al Círculo de la calle Real. Le creía socio del Jockey nada más... Y como Roberto de Chaceroy les profesa á los Lebourg un afecto casi tan grande como usted...

VIEIL. Afecto agradecido y correspondido.

MARQ. Ya lo creo. Cuando el Barón y la Baronesa hablan de Boberto, ¡eche usted lirismo!

GEN. Y es un guapo mozo. Yo le quiero de veras. En el Círculo no todos piensan así. ¡Claro! ¡Les ha ganado tanto dinero!

MARQ. Sin embargo, parece que ahora les llega el desquite. Se dice que Chaceroy ha perdido un dineral.

VIEIL. Todavía el jueves talló con resultados desastrosos. No asistí á la partida, pero...

GEN. No es la primera vez. Ya se repondrá.

MARQ. (Con acritud.) No es posible vivir siempre del bacarrá y de las carreras. Supongo que Chaceroy no fabricará moneda falsa... Que no salga de nosotros, pero sospecho que de algunos descalabros gordos sólo ha podido salvarse gracias á Lebourg.

GEN. ¡Qué ocurrencia! Apostaría que Chaceroy no le debe ni un céntimo. Es un hombre como yo, de una vez... Come con el Barón, toma parte en sus cacerías, pasa todos los años algunas semanas aquí, en el castillo; pero, nada más.

MARQ. Pues no lo entiendo. (Pausa.) ¿Ha ganado esta tarde el caballo del Barón?... ¿Cómo se llama?

GEN. César... No lo creo.

VIEIL. ¡Bah!

GEN. He perdido fe en las carreras. Todos han ido hoy á Longchamps; yo les dejé ir. Opté por el automóvil. Así evito que me lleven el dinero.

MARQ. Me intranquiliza usted. He jugado diez francos. A Brechebel se los dí.

GEN. Con otros diez de él, veinte.

MARQ. Sí, el yerno no tiene nada de manirroto.

GEN. Desde que se casó con la hija de los Lebourg, no hay otro más prudente.

VIEIL. Váyase por sus locuras de antes.

MARQ. Pocas serían, y cuando no tenía nada que perder... ¡Bien se ha redondeado el tal Armando de Brechebel!

GEN. Sí. Ha pescado una dote regia y una esposa encantadora. Porque Elena lo es. Inteligente, artista... ¿Verdad, La Vieillard?

VIEIL. ¿La señora de Brechebel? ¡Una mujer completa!

MARQ. Muy amable, muy suave, muy equilibrada... Tal vez demasiado equilibrada.

GEN. Es irreprochable. ¡Cinco años de matrimonio y no haber dado nada que decir!

MARQ. Es que Elena es muy fría...

GEN. Eso dicen de todas las mujeres honradas.

MARQ. (Amostazándose.) Se equivoca usted, Duque. ¿Acaso no existe el amor conyugal?... Pero la señorita de Lebourg no amaba á su novio y, por lo tanto, me sorprendería que amara á su marido. Aparte de que Brechebel es bastante antipático. ¿No opina usted lo mismo?

VIEIL. (Confuso.) Yo... la verdad...

ESCENA II

DICHOS, ELENA

ELENA (En traje descotado. Saluda con la mayor amabilidad.) Buenas tardes, señores.

MARQ. Buenas tardes, querida Elenita. ¿Ya vestida para la comida? Aún no son las seis.

ELENA Acabo de probarme este traje... ¿Qué le parece á usted, Duque? Me lo he dejado por pereza.

GEN. ¡Admirable!

MARQ. Llega usted oportunamente. De usted hablábamos.

ELENA Entonces, me marcho.

MARQ. No; quédese usted y tranquilícese. Habíamos terminado. Ya estaban agotados los elogios... ¿Verdad, señores?

GEN. La señora de Brechebel sabe mi opinión respecto de ella. Le hago la corte como un colegial.

ELENA General, ¿se burla usted de mí?

GEN. ¡Eso faltaba!

MARQ. El Duque la comparaba á usted con otras jóvenes de su edad, que juzga algo osadas y ligeras.

ELENA Protesto, en nombre de mis contemporáneas.

MARQ. Cuando se trata de citar un modelo, todos nombran á usted.

ELENA ¡Por Dios!

MARQ. Había un punto en que no estábamos de acuerdo el General y yo... Verá usted... El tema es delicado.. Hay que empezar por plantear bien el problema: cuando una mujer como usted, á quien no le faltan homenajes...

ELENA Yo recibo muy pocos, puede usted creerlo.

MARQ. Modestia, pura modestia... Prosigo. Cuando una muchacha casada é impecable hace examen de conciencia, ¿qué se dice á sí misma? «Soy virtuosa porque la religión me ordena amar á mi marido, etc., etc.» O bien: «Lo soy porque las intrigas me espantan, porque las aventuras no me seducen, porque las declaraciones y miradas de los hombres no me conmueven.» ¿Qué responde usted?

ELENA ¡Señora, usted debe saberlo!

GEN. ¡Bien contestado!

MARQ. Pongamos que lo he olvidado ya.

ELENA En ese caso, con permiso de usted, me inclino á creer que en cuanto empieza á formularse á sí propia tales preguntas una mujer honrada, está muy próxima á dejar de serlo.

GEN. ¡No hay quien pueda con ella!

ESCENA III

DICHOS y LA BARONESA por el foro

BAR.ª ¡Ah! ¿Estaban ustedes reunidos aquí? Habrán de perdonarme de que les abandonara desde el almuerzo. ¡Tenía un rimero de cartas que contestar!

VIEIL. Señora, *you are fishing for complemints.* Usted sabe que es la castellana ideal.

BAR.ª ¡Oh! Muchas gracias... En fin, Elena me ha sustituído. He hecho preparar los refrescos en el jardín. ¿Quieren ustedes acompañarme? Vamos. Allí esperaremos el regreso de nuestros *sportsmen.*

VIEIL. Es una idea.
BAR.ª ¿Viene usted, Duque?
GEN. Si usted me lo permite me quedo. He paseado hoy mucho.
ELENA Yo le haré compañía.
GEN. ¡Bravo! Flirtearemos.

ESCENA IV

ELENA y EL GENERAL

ELENA ¿Cómo soporta usted este domingo, en el castillo, lejos de las carreras?
GEN. No he echado de menos Longchamps, palabra. Estoy ya muy viejo y no soy lo suficientemente rico.
ELÉNA Tal vez hubiera usted ganado.
GEN. ¡Cá! Hubiera perdido, cosa que me desagrada bastante. Y hubiera visto perder á mis amigos, lo cual no me repugna menos. Ahora mismo ese diablo de Marquesa nos hablaba de Chaceroy... Parece que el pobre muchacho atraviesa una crisis desastrosa...
ELENA ¿Sí? ¿Pierde mucho?
GEN. ¿Roberto? ¡Muchísimo! ¡Y en todos los juegos!
ELENA ¿Aquella partida del jueves?
GEN. Ya oyó usted ayer durante la comida al señor de Hart referir el suceso... ¡Ochocientos mil francos en una noche! ¡Una cifra fantástica!... De un momento á otro volverán nuestros amigos. Ellos nos darán noticias exactas... ¡Pobre Chaceroy!

ESCENA V

DICHOS y UN LACAYO por primera derecha

LAC. El señor Amadeo Lebourg desea hablar á la señora Condesa.
ELENA ¿A mí? Será á la señora Baronesa.
LAC. A la señora Condesa, me ha dicho.

ELENA ¡Ah! (Pausa breve.) Bueno; que pase. (Sale el Lacayo.) ¡Qué extraño!... ¡Amadeo Lebourg!
GEN. ¿Su primo de usted? ¿Ese tan raro?
ELENA Sí.
GEN. Creí que estaban ustedes reñidos.
ELENA Reñidos, no. Nos vemos poco.
GEN. Es bastante antipático.
ELENA Un poco áspero.
GEN. ¿No estuvo á punto de casarse con usted?
ELENA Se pensó en ello. El pobre bien lo deseaba; pero mi padre cortó bruscamente sus esperanzas... Por esto disculpo el rencor que nos tiene, y como he conservado además mucho cariño á su hermana, mi prima Genoveva...
GEN. Comprendido... La dejo á usted.
ELENA Puedo recibirle en otra parte.
GEN. ¡No faltaba más! Salgo á fumar un cigarrillo entre tanto.

ESCENA VI

ELENA y AMADEO

AMAD. (Precedido de un Lacayo.) Buenas tardes.
ELENA Buenas tardes, Amadeo. ¿Cómo te va?
AMAD. Bien, gracias. ¿Te sorprende el verme?
ELENA ¡Te vendes tan caro!... Todavía este invierno te convidó papá dos veces á comer.
AMAD. Sí, ya conozco sus invitaciones. Yo figuro en el montón plebeyo.
ELENA Eres injusto. Rehusaste dos comidas agradables. Habrías conocido á Meister, el ilustre sabio holandés... Efectivamente, nos es difícil el recibirte ante nuestros amigos, porque pasas el tiempo desbarrando contra la aristocracia, echando por tierra á todo el que posee un título.
AMAD. Verdad. No me da por el snobismo. No me hago llamar «el señor Barón». Amadeo Lebourg nací; Amadeo Lebourg moriré. A tus padres y á tí os compadezco... En fin, dejemos eso...

ELENA Será mejor.

AMAD. Voy á explicarte mi visita. Hemos tenido una pequeña avería en el pneumático á cincuenta metros de vuestro castillo. En la portería había algunos criados y pedí á uno de ellos que ayudara al mecánico. He aprovechado esta ocasión para presentarte mis respetos...

ELENA Te lo agradezco.

AMAD Y como además Genoveva me había encargado de telefonearte...

ELENA Hace un mes no sé de ella.

AMAD No está lejos. Llevamos tres semanas en el campo, á pocos kilómetros de aquí.

ELENA ¿Sí?

AMAD Sí. En casa de unos antiguos amigos de la familia, los de Fougeres.. Ya no los recordarás... ¡Unos burgueses!

ELENA Me acuerdo perfectamente.

AMAD. Es raro.

ELENA ¿Y dices que Genoveva?

AMAD. Desea verte.

ELENA Yo á ella también.

AMAD Mañana va conmigo á París. ¿Quieres que á la vuelta nos detengamos?

ELENA ¡Me encantará!

AMAD. Vendremos á las tres ó las cuatro. Saldré del despacho más temprano que de costumbre.

ELENA Cualquiera hora es buena. Mañana estoy en casa todo el día... ¿Y qué tal? ¿Trabajas mucho?

AMAD. No... La Bolsa está en calma... No hay asuntos... Hoy, por ser domingo, fuí á Longchamps.

ELENA ¡Tú, á las carreras!

AMAD. Yo. Pero no me divierten. Me marché antes de que terminaran. Allí ví á tu padre. El no se fijó, estaba dándose tono, hablando con unos señores ingleses, que parecían cocheros... Y luego con otros franceses... ¡Caros le deben salir los amigos!...

ELENA Te equivocas. A papá todos le quieren mucho.

AMAD. ¿Cuánto le llevan por quererle?

ELENA Si solo has venido á hablarme mal de mi padre...

AMAD. Déjalo, ya me callo... Pero no impedirás que me parezca un poco ridículo... Sólo una idea me preocupa. ¿Por qué se ha limitado á concederse el título de Barón? Yo, en su puesto, me habría proclamado príncipe de una vez. Sería más brillante.

ELENA No ignoras que mis abuelos maternos...

AMAD. Verdad. Lo olvidaba. Seis meses después de ganar tu padre cincuenta millones con el alza del cobre, descubrió tu madre en sus ascendientes una baronía.

ELENA Por última vez te ruego...

AMAD. Basta. No blasfemaré. (Pausa.) También he visto á tu señor marido. Tiene poco que ver... Ahora usa lentes, ¿eh?

ELENA Es miope... como tú.

AMAD. Yo, pase... ¡Pero el señor Conde! ¡Qué menos que un monóculo!

ELENA (Indulgente.) ¡Pobre Amadeo! ¡Siempre serás el mismo!

AMAD. No cambiaré; lo puedes creer. Soy de la rama inalterable... Pero déjame, déjame que te mire. ¡Tampoco tú has cambiado!

ELENA Muchas gracias... Sigo esperando la primera cana. Tengo veintiséis años, ya lo sabes.

AMAD. (Contemplándola.) ¡Cuando pienso en que estuve enamorado de ti!

ELENA No lo pienses.

AMAD. Sí, te amé... ¡Y sufrí mucho! ¡mucho!... ¡Qué tontería!... Tú no eres una mujer extraordinaria...

ELENA No soy bonita, ya lo sé.

AMAD. Hablo sinceramente.

ELENA (Sonriendo.) Y yo. Me conozco. Sé que soy hermosa, y no me preocupo. Esto ya es más extraño, ¿verdad?

AMAD. (Pausa.) El verte y oirte me llenan de estupor...

ELENA ¿Y eso?

AMAD. ¿Por qué te habré querido tanto? ¡Mujeres no faltan! El caso es encontrarlas... Y yo fuí

siempre tan tímido... Te aparecías á mí como un ser superior.

ELENA ¡Ilusiones!

AMAD. Justo, ilusiones. No me querías, es cierto, pero te casaste con otro á quien tampoco quieres.

ELENA ¿Qué puede importarte?

AMAD. No. Imposible quererle. Y á su lado tu vida es árida, insustancial, monótona. Estás sacrificada á las ambiciones sociales de tus padres; á tratar gente elegante, frívola... Y, según parece, eres virtuosa, fiel... ¡Es el colmo!

ELENA ¿Lo sientes?

AMAD. Tal vez. El amor es un fin. Es algo. Si yo supiera que tenías un amante, mi desengaño sería menor, porque podría decirme: «Tiene corazón...» Amar es una ocupación más seria que las tuyas de ahora...

ELENA (Levantándose.) Amadeo, pongamos término á esta entrevista. La paciencia se agota. Largo tiempo toleré tus modales porque te creía desgraciado... Sí, desgraciado por culpa mía, aunque sea ridículo... Hoy veo que sólo te mueve la maldad. ¡Basta!

AMAD. Tienes razón. Te dejo... ¡No importa! Siempre que vuelvo á verte me voy satisfecho... Muy satisfecho... Hasta mañana. Traeré á mi hermanilla.

ESCENA VII

DICHOS, EL BARÓN DE LEBOURG

AMAD. ¡Caramba! ¡El señor Barón! Buenas tardes, querido Barón. (De mala gana.)

BARÓN ¡Hola, Amadeo!

AMAD. (Zumbón.) Bueno, gracias. ¿Y tú? ¿Te molesta el verme?

LEB. Siempre eres bien venido á esta casa.

AMAD. Ya me iba. Le contaba á tu hija que te admiré de lejos en Longchamps.

LEB. ¿De veras?... ¿Y ahora qué haces? ¿En qué te ocupas?

AMAD. Cultivo el corretaje, como tú en otro tiempo. Además, voy á fundar un magnífico periódico.

LEB. ¿Diario?

AMAD. Diario.. ¡Con una máquina!...

LEB. ¿Información ó política?

AMAD. Las dos cosas. Y no les dejaremos hueso sano á los renegados. Conque, ponte en guardia.

LEB. ¿Cómo? ¿Habré yo cambiado de religión sin saberlo?

AMAD. No; de clase. Los que se avergüenzan de ser judío, y los que tienen á menos, como tú, el pertenecer á una modesta familia de comerciantes, pueden darse la mano. ¿Lo oyes, señor clubman?

LEB. (De buena fe.) ¡Amadeo, Amadeo! ¡Acabaré por creer que nos envidias á mis amigos y á mí!

AMAD. ¿Envidiar? No; os desprecio.

LEB. ¡Amadeo!... Bueno, ¿qué título es el de tu papelucho?

AMAD. «¡La fuerza!»

LEB. ¿Y qué filiación?

AMAD. ¿Cuál había de ser? La mía... Socialista revolucionario.

LEB. ¿Revolu...? (Prorrumpiendo en una carcajada.)

AMAD. ¿Qué es eso?

LEB. (De buen humor.) ¿Tú? ¿Socialista revolucionario tú?

AMAD. ¿No lo sabías? (Lebourg suelta otra carcajada.) ¿Quieres explicarme?...

LEB. Ahora me toca burlarme á mí... ¿Revolucionario un hombre que vive espléndidamente y que gana cuatrocientos mil francos al año? No lo entiendo.

AMAD. Ni yo he de detenerme á discutir de estas cosas contigo. A tus pies, Elena. Adiós, querido Carlos. Recuerdos á la Baronesa y al Conde y al Duque... ¡Hasta más ver!

LEB. (Bromeando.) Adiós, anarquista. (Amadeo hace mutis.)

ESCENA VIII

ELENA. LEBOURG

LEB. (Cambiando súbitamente de expresión.) Empieza á cansarme *tu* dichoso Amadeo.

ELENA ¿Mi Amadeo?

LEB. A no mediar tu protección, tiempo haría que no pondría los pies en esta casa.

ELENA No viene mucho. Yo le trato, porque deseo conservar el cariño de Genoveva.. Además, si hemos de ser francos, con él no procedimos bien...

LEB. ¡Bah! Por mantener una promesa trivial, ¿habría yo de entregarle á ese mamarracho.. Desde que te casaste, su constante propósito es el de mortificarme. Todo eso del socialismo es sólo para comprometerme ante mis relaciones. ¿No lo crees tú así?

ELENA En todo caso, ¿qué te importa?

LEB Es verdad... Pero me molesta... Hablemos de otra cosa. Os he preparado una sorpresa.

ELENA ¿Una sorpresa?

LEB. Tienes por padre á un gran diplomático. Asómbrate. Graveline y la Duquesa comerán aquí esta noche.

ELENA (Indiferente) ¡Ah!

LEB. ¿No me has entendido? El Duque y la duquesa de Graveline comerán con nosotros y dormirán hoy en el castillo.

ELENA Bien, sí.

LEB. Hay veces que pareces tonta... No entiendes las cosas. Esa invitación imprevista fué un rasgo de ingenio. De haberla insinuado hace quince días, el Duque habría encontrado una evasiva. Era necesario esperar la ocasión. Hoy, al medio día, Graveline me habló de unos setenta caballos que debía probar después de las carreras. Tuvo la imprudencia de preguntarme un itinerario. ¡Estaba atrapado! Le contesté afectando naturalidad: «Venga usted á Champrille; es un paseo encanta-

dor. Comerá usted con nosotros. No somos más que unos veinte.» Me objetó el regreso nocturno. «Haga usted noche en el castillo.» ¿Y la ropa?... «Que una doncella tome el tren y traiga la maleta con todo lo preciso.» ¡Yo tenía contestación para todo! ¡No había resistencia posible! En resumen, que están para llegar.

ESCENA IX

DICHOS, la BARONESA

BAR.ª ¡Carlos! ¿Hace mucho que estás aquí?

LEB. (Seco.) Sí... ó no... ahora. . Oye; una noticia. Graveline y su mujer comen hoy con nosotros. (Empieza á anochecer.)

BAR.ª ¿Gra?... ¿Te burlas de mí?

LEB. No perder tiempo... Repito que...

BAR.ª Pero, ¿es de veras? ¿Cómo has podido conseguir?...

LEB. Porque he podido.

BAR.ª ¡Eres asombroso!

LEB. ¡Y ahora, un problema! ¿á quién sentamos su derecha?

BAR.ª ¡Al Duque!

LEB. (Con desdén compasivo.) ¿A qué Duque?

BAR.ª (Pausa abrumada.) ¡No había caído! ¡Es verdad que tenemos dos!

LEB. (Despreciativo.) Naturalmente.

BAR.ª (Perpleja.) Pues, bien; habrá que poner... habrá que poner á...

LEB. (Con voz de trueno.) «Habrá que poner, habrá que poner.» ¿Te figuras que no lo he consultado ya en las carreras?

ELENA (Con suavidad.) Papá; me parece que entre el Duque de Brial que es General, está condecorado, tiene sesenta y cinco años, y un muchacho como Graveline...

LEB. Hija mía, la edad no tiene nada que ver con estos asuntos. Ya sé que Brial es General de brigada, y que su abuelo fué mariscal de Napoleón, pero su bisabuelo vendía te-

las ¡y ni siquiera por cuenta propia! (Con prudente discreción.) No es que yo reniegue de la nobleza del Imperio. Aquellos hombres eran hijos de sus obras. Pero no olvidemos que Graveline es de sangre real.

BAR.ª (Absorta.) ¿Real?

LEB. Ya poco real, pero todavía algo.

ESCENA X

DICHOS, la MARQUESA, el GENERAL; después la VIEILLARDE. Entran por las puertas vidrieras

LEB. Buenas tardes, Marquesa; buenas tardes querido Duque.

MARQ. ¿Qué tal? ¿Y César, su caballo de usted?

LEB ¡Derrotado! ¡Vencido por Turlupin!

MARQ. ¡Oh!

GEN. Y de Chaceroy, ¿sabe usted si ha ganado?

LEB. Mal día para él. Y después de lo del jueves... (Gesto significativo.)

GEN. Lo siento.

BAR.ª Juega demasiado.

LEB. Sí, ya es un exceso. (Pausa.)

VIEIL. (Entrando y dirigiéndose á Lebourg.) ¿Volvió usted solo?

LEB. No. Con los Saint Gerard, los Margery y de Rose..

GEN. ¿Dónde están?

LEB. En sus habitaciones.

ELENA Mi marido. (Pausa.)

ESCENA XI

DICHOS y BRECHEBEL; después la SEÑORA DE THIZIEUX, luego ROBERTO DE CHACEROY

BRE. Buenas tardes, señoras. Buenas tardes, caballeros. Vengo retrasado. ¿Ya estarían ustedes intranquilos?

GEN. No.

LEB. Dí, Armando, ¿has traído á los Thizieux?

SRA. DE T. (Entrando.) Presente. Y también traigo á otro convidado con quien ustedes no contaban.

BAR.ª ¿Quién?

BRE. Adivínenlo.

SRA. DE T. Un hombre alto, rubio, elegante...

ELENA Mejor dices su nombre.

BRE. ¡Chaceroy!

LEB. ¡Es posible!

SRA. DE T. Chaceroy en persona. Le hallamos en el Bosque, le llevamos á su casa, le esperamos mientras se ponía el *smoking*... y aquí está. (Entra Roberto.)

CHAC. (A la Baronesa.) A los pies de usted, querida Baronesa. (La besa la mano.)

BAR.ª ¡Qué feliz ocurrencia!

CHAC. (A la Marquesa.) Buenas tardes, Marquesa. (A Elena) Buenas tardes.

ELENA Buenas tardes, Chaceroy. (Entra un criado que habla aparte á la Baronesa.)

LEB. No salgo de mi asombro... Para otra vez ya sé cómo atraerle. Se lo rogaré á la señora de Thizieux.

CHAC. ¡Con tan hermosa embajadora!...

BAR.ª (Acercándose á su marido, le dice bajo.) El coche de los Graveline acaba de entrar en el parque.

LEB. Vamos allá, vamos... ¡Ah! ¡Dos palabras! Muy solícita con la Duquesa y severamente amable con el Duque. Es la etiqueta. (Salen el Barón y la Baronesa)

CHAC. ¿De modo, General, que ha dejado usted el *turf*? ¿Renuncia usted á la tentación?

GEN. ¡Usted en cambio!... ¡Tengo unas noticias! ¡Se vuelve usted loco!

CHAC. ¿Por qué?

GEN. Pierde usted los billetes á montones.

CHAC. ¡Dinero que estorba!

GEN. ¡Qué hombre! ¡Y yo que estaba tan preocupado!

BRE. (A su mujer. Bostezando.) ¿Te has aburrido mucho?

ELENA (Sonriendo.) ¿Sin tí? (Sale el criado y enciende las luces.)

BRE. (Pausa y nuevo bostezo.) ¡Ah! Oye. ¿Te propones

pasar una renta de mil doscientos francos á Alicia?

ELENA Sí.

BRE. Tu padre le pasa ya...

ELENA ¡Valiente cosa!

BRE. Mil ochocientos francos á una antigua criada.

ELENA (Mirándole fijamente.) Si tú no te opones.

BRE. No, hija, no; pero es una exageración. (Suena una campana. Elena se aparta de su marido.)

MARQ. El primer toque.

VIEIL. Las siete y media.

GEN. Vamos á arreglarnos sin esperar más. Hemos jurado ser puntuales desde hoy. ¿Verdad, señora?

SRA. DE T. No me mire usted con esos ojos, Duque. Haré mi aparición á las ocho en punto; hora militar.

GEN. A las ocho y cuarto. Bien vale la pena de esperarla á usted. (La Marquesa, la de Thizieux, la Vieillarde y el General hacen mutis.)

BRE. (A la puerta.) ¿Se va á quedar solo el pobre Chaceroy?

ELENA Yo no le abandono.

BRE. Es verdad que ya estás vestida para ir al comedor. No me habia fijado.

CHAC. La política no le deja á usted tiempo para nada.

BRE. Cuando lleve usted cinco años de matrimonio, ya me lo dirá. (Mutis.)

ESCENA XII

ELENA y CHACEROY

CHAC. ¿No le han inspirado á usted curiosidad las carreras de hoy?

ELENA Estaba muy cansada. (Pausa.) Además, parece que he hecho bien en quedarme.

CHAC. Sí. Habría usted perdido sus cinco luises apostando por César.

ELENA ¿Usted jugó á él?

CHAC. ¡Y caro me salió! Me equivoco pocas veces,

pero hoy ha sido de medio á medio. César iba el primero. Sólo Turlupin le alcanzaba; hasta que al final... (Mientras él habla, Elena se levanta, dirigiéndose á cerrar la puerta del vestíbulo, por la cual se verá á los criados en pie.)

ELENA (En otro tono.) Roberto, ¿qué tienes?

CHAC. ¿Yo? Nada.

ELENA (Acercándose.) Roberto, ¿qué tienes?

CHAC. Nada. Baja la voz.

ELENA No hay cuidado. ¿Por qué no eres franco?

CHAC. Pero...

ELENA ¿Por qué no me dices la verdad?

CHAC. Esa insistencia...

ELENA Sí; insisto... porque lo sé, porque estoy cierta. Me estremecí apenas entraste. ¡Leo de tal modo en tu rostro! ¡Lo he mirado tanto durante estos tres años! ¡Lo he amado tanto!... Hoy tu mirada es más triste... Parece que una sombra se cierne sobre tí...

CHAC. Elena, amor mío, te repito que...

ELENA Esta noche no contabas haber comido aquí y tenías otra cita...

CHAC. Pero quise verte... ¿Me lo censuras?

ELENA Nos vimos ayer en París... en nuestra casa... Volveremos á vernos pasado mañana... Ese cambio tan repentino, esta llegada tan imprevista, no están en tu caracter. No y no.

CHAC. Esperaba haberte encontrado en las carreras y...

ELENA No mientas. Te avisé que no iría. Roberto, el jueves perdiste una cantidad enorme...

CHAC. (Como tratando de recordar.) ¿El jueves?... ¿Qué es hoy? ¿Domingo?... Sí: el jueves perdí.

ELENA Una suma elevadísima.

CHAC. (Riendo.) Cierto. Fué una paliza en toda regla. ¿Quién te lo ha dicho??

ELENA Confío en que la cifra que me dijeron será exagerada.

CHAC. (Bromeando.) Sepamos.

ELENA Ochocientos mil.

CHAC. Por ahí... No tiene importancia, créelo.

ELENA Ayer no me hablaste de ello.

CHAC. Ayer te tenía en mis brazos y no me acordaba de nada más.

ELENA ¡Ochocientos mil francos! ¡Has perdido ochocientos mil francos!

CHAC. Realmente la suerte es cruel conmigo desde hace algún tiempo... ¡Ya volverá la buena!

ELENA ¡Ochocientos mil francos! ¡Pero tú no tendrías tanto dinero!

CHAC. Habrá que creer que sí, puesto que los pagué.

ELENA ¿Recuperaste algo el viernes y el sábado?

CHAC. No volví al Círculo. Esperaba esta tarde. Tenía dos negocios que creía seguros; el caballo de Legery y el de tu padre... La desgracia ha continuado persiguiéndome.

ELENA Dí. ¿Por qué juegas?

CHAC. ¿Tú me lo preguntas? Porque hasta ahora el juego me había sido fiel, porque me ayudaba á poder llevar una vida digna de la gente que nos rodea...

ELENA ¡El juego es tu pasión!

CHAC. ¡Es mi ocupación!

ELENA Varias veces te enriqueció. Pudiste haberte contenido entonces.

CHAC. Nunca. No pido al juego algún dinero, sino una verdadera fortuna. No quiero que el amante por tí elegido sea un hombre humilde...

ELENA Calla. Esas palabras son ofensivas... Me lo explicaba antes, cuando necesitabas conquistarme... Me embriagaba el relato de las luchas que sostenías por mi amor; tu locura me enloquecía... Me estremecía cuando mi voz hacía vibrar la tuya, cuando tus manos temblaban en mis manos, cuando te veía á mi lado, conmovido, tímido, y pensaba en tu audacia formidable, en tu fama de jugador terrible y glacial. Pero hoy que te pertenezco por completo, que tu voluntad es mi ley, que me tienes sumisa, trémula y dócil; ahora que te amaría más aún, si fuera posible, cuando te viera en la miseria y en la desgracia, ya no tienes derecho á hablarme así... No; no lo tienes. (Deteniéndose bruscamente.) Estás fatigado... Has adelgazado... ¡Y esa palidez! ¡Esos nervios! (Pausa.) ¡Roberto!

CHAC. (Abrumado.) Pues bien; sí: me devora una preocupación.

ELENA ¿Lo ves? ¿Lo ves? Vamos, ¿qué es ello? Habla. Cuéntamelo.

CHAC. (Sombrío.) ¿Contártelo? Nada tengo que referir... ¡Pierdo, pierdo demasiado! ¡Y llevo así dos meses!

ELENA Volverá la fortuna. Es seguro. Tú mismo lo decías hace poco. Te desquitarás ampliamente.

CHAC. No. No me desquitaré.

ELENA ¡Roberto mío! Ten fuerza de voluntad. Procura no jugar en algunos días, por lo menos. Pruébalo.

CHAC. Imposible.

ELENA Tú eres hombre que sabe dominarse.

CHAC. No.

ELENA (Espantada.) ¡Es la primera vez en tres años que te oigo hablar así! ¿Qué tienes? ¡Roberto! ¡No me hagas sufrir más! ¡Si supieras!...

CHAC. (Con ternura.) No, no quiero alarmarte. No, Elena. He exagerado. Era por oirte. Yo nunca me quejo. ¿Para qué? Hoy quise lamentarme como los demas, á ver si esto me traía buena suerte. (Riendo.)

ELENA ¡Ahora es cuando mientes!

CHAC. ¿Cómo?

ELENA En vano finges. En tus ojos se refleja la angustia.

CHAC. Como quieras.

ELENA ¿Por qué no tener confianza conmigo? Sé franco.

CHAC. ¿Otra vez? (Pausa.)

ELENA ¡Yo sabría consolarte!

CHAC. (Bajo, con acento extraño.) ¿Lo crees?

ELENA Lo creo.

CHAC. Yo, no.

ELENA ¡Habla!

CHAC. (Después de una dolorosa y grave lucha interna.) Sea. Mi secreto me ahoga. Parece que vuelvo á la niñez. Necesito contar mis penas, como los muchachos.

ELENA (Cogiéndole del brazo amorosamente.) ¡Dí, Roberto mío!

CHAC. Elena. (Pausa.) Elena, he cometido una gran torpeza.

ELENA Busquemos un modo de remediarla.

CHAC. Es irremediable.. Ante todo una pregunta. Oyeme con calma y responde rudamente. Si te revelara que he realizado un acto— ¿cómo calificarlo?...—incorrecto... inmoral... deshonroso...—eso es, deshoroso- uno de aquellos actos que le cierran á un hombre todas las puertas, que le privan de amistades, de afectos, de relaciones... y que, por lo general, le arrastra... muy lejos... ¿me empequeñecería ante tus ojos?

ELENA ¿Estás loco? ¿Debo yo juzgarte?

CHAC. Contesta claramente.

ELENA Te quiero. Haz lo que gustes, sé como se te antoje. Para mí ningún acto tuyo es malo. Solo una clase de delitos podrías cometer: un delito contra nuestro amor. Y respecto de este punto estoy tranquila.

CHAC. Bien, muy bién. Eres como yo te sueño. Sí; para dos que se quieren como nos queremos, solo un mal existe; el daño voluntario del uno al otro... Lo demás, ¿qué importa?..

ELENA ¿Qué importa? Te adoro. (Le besa la mano.) Continúa.

CHAC. Valor, ¿eh? Ni una interrupción, ni una exclamación, ni una lágrima. ¿Convenido?

ELENA Sí.

CHAC. Ya sabes, pues, nadie lo ignora, que mis cuadras no me pertenecen. Son de dos grandes industriales del Norte, asociados para explotar las carreras, pero que no quieren dar el nombre. Los caballos lucen mis colores, llevo la dirección absoluta del negocio y cobro por los premios un tanto por ciento. Recientemente vendimos al *Tattersall* los animales de cuatro años para arriba. Fué una ganga. El precio se elevó, deducidos los gastos, á seiscientos cincuenta mil francos. Esta cantidad se pagó á mi banquero, y anteayer, treinta de Septiembre, yo debía remitirla á mis comanditarios acompañando las cuentas del mes. No la he enviado, ni la manda-

ré, por la sencilla razón de que la perdí al *baccará* durante la madrugada del jueves al viernes... Sí, he perdido seiscientos mil francos que no eran míos, que constituían un depósito en mis manos... He incurrido en abuso de confianza. Iré á la cárcel ó á los tribunales... ¿Te asombras? ¡También yo!... Veinte años de lucha encarnizada y prudente, de cálculo, de previsión, de dominio sobre mí mismo, de tenacidad, veinte años de honradez... para hundirme en una noche ante el tapete verde, como un imbécil, como un neurasténico, como un cualquiera... Aún no me lo explico. Algo se deshizo en mí. Fué sin duda un fenómeno físico.. Llegué al círculo á las once... Hallé una partida floja... poco dinero... sin aliciente alguno.. Y en vez de irme á la cama, yo, que nunca me arriesgo sino para ganar, tallé y dejé cuanto llevaba en la cartera, para divertir á algunos pobres diablos... Me indigné tanto de mi cinismo, que la ira se apoderó de mí é hice un gesto de que nadie me creería capaz... Rompí la baraja... ¡Aquellas cartas que otras veces parecía domar á fuerza de paciencia y de frialdad! ¡Avergonzado de mi ordinariez, me levanté, salí al balcón, fumé un cigarrillo, acudí á la caja y volví á jugar. ¡Ya, para la galería!... De súbito la partida se anima. Acuden puntos fuertes, el chico de Riond, Tremballoff, etc.; apenas entró me desbancó Tremballoff y experimenté la violenta sensación de los cheques que llevaba en mi bolsillo. Desde aquel instante la reflexión quedó en mí abolida.. Sin pensar en el mañana, indiferente á todo, abandoné en pocas posturas aquel dinero que no era mio. ¡Perdí los dos tercios de un millón, solo por el gusto de perderlos!... A las cuatro todo había concluído. Salí. Tomé un refresco en Maxime's, crucé la Plaza de la Concordia... ¡Recobraba, aunque tarde, la serenidad! Me erguí, tarareé un motivo... Los pocos transeuntes que hallaba al paso, no sospecha-

rían de cierto que aquella sombra arrogante que yo proyectaba á la luz de las farolas, fuera solo una despreciable mentira. La sombra de un fracasado y de un ladrón... Sin embargo, era así (Pausa.)

ELENA Roberto mío. ¿Me permites expresarme con libertad?

CHAC. Dí.

ELENA Estudiemos juntos la situación y... no te rías. ¿Tus socios han manifestado ya su?...

CHAC. Naturalmente, hoy. No asistieron á las carreras, pero vino á hablarme un representante suyo.

ELENA Sigue.

CHAC. Reclaman sorprendidos... Su representante alzaba la voz. Exigía el pago mañana mismo. Yo, fingiéndome ofendido, contesté: «Mañana no estaré. Venga usted pasado y...» En fin, palabras.

ELENA Pero, ¿esos señores serán inflexibles?

CHAC. Evidente. ¿Por qué habían de tener contemplaciones? Yo no espero ninguna herencia. Me será difícil rehacerme... Además, tuvimos hace poco un altercado.... Ya íbamos á romper... Estoy por completo á merced de ellos.

ELENA Habrá que apelar á un préstamo y pagar inmediatamente.

CHAC. (Encogiéndose de hombros.) Imposible.

ELENA ¿Imposible? ¿Por qué? ¡Cuántas veces hallaste!...

CHAC. Nunca necesité una cantidad así...

ELENA Todos ignoran aún...

CHAC. ¡Pobre Elena mía! Yo no soy un chiquillo... Desde el jueves, metódicamente, lo he intentado todo... Ya no tengo crédito... Hasta mi joyero, Bragelin, que me auxilió otras veces... ¡Ahora casi se echó á reir!... ¡No podría reunir ni cien mil francos!

ELENA Te quedan amigos.

CHAC. Hombres como yo no los tienen. Soy de aquellos á quienes París envidia y acecha... No hay un ser en la tierra que...

ELENA ¿Y yo?

CHAC. ¿Cómo?

ELENA Claro es que no tengo en el bolsillo seiscientos cincuenta mil francos, pero soy hija única del barón de Lebourg...

CHAC. ¡Elena!

ELENA Mi dote se eleva á cinco millones. Me sería fácil...

CHAC. ¡Elena!

ELENA ¿No lo crees?

CHAC. ¡Elena! ¡Basta!

ELENA ¿Cómo? ¿Lo rehusas? ¿Me niegas la felicidad de serte útil?

CHAC. (Reprimiéndose.) ¡Basta! ¡Basta! ¡Has dicho lo único que no debías decir!

ELENA ¡Pero Roberto! Yo, si algún peligro me amenazara...

CHAC. Cada uno es como es. ¡Me insultas! ¡Peor aún! ¡Me humillas!

ELENA ¿Yo?... No te avergonzó el confesar una debilidad—que disculpo, que comprendo—y no consentirás que...

CHAC. ¡Basta, te lo suplico! ¡Esta discusión nos envilece!

ELENA ¿Entre nosotros?

CHAC. ¡Te ruego!...

ELENA Por mucho que supliques, no callaré, á menos que...

CHAC. (Con exaltación.) Pues bien te lo mando.

ELENA (Asustada, mirando á la puerta.) ¡Roberto!

CHAC. (Más bajo.) Te lo ordeno. Basta de delirios, de palabras inútiles. Ya supondrás que no estaba preparado para esta conversación. La deploro, pero quiero llegar hasta el fin y que todo lo sepas. Amor mio, he adoptado una resolución. (Larga pausa.) Es preciso que yo desaparezca.

ELENA ¿Que desaparezcas?

CHAC. Sí. Que deje París... Francia.. por algun tiempo... ¡por mucho tiempo!

ELENA ¡Eso es insensato! Si no mediara tu terquedad...

CHAC. ¿Otra vez? Veo que me conoces mal. Ya te

he dicho que mi resolución está tomada: partiré.

ELENA Está bien, Roberto. ¿Cuándo nos vamos?

CHAC. Iré solo.

ELENA ¿Eh?

CHAC. No te arrastraré en mi caída.

ELENA (Terrible.) ¿Cómo?

CHAC. (Amoroso.) ¡No! ¡No! No quiero recriminaciones... Oye. Me proponía no avisarte. Vine hoy para darte un adiós silencioso, para impregnar de tu rostro mis ojos, de tus palabras mi oído, para llevar de ti el recuerdo más vivo, más tierno. Ya que descubriste mi desesperación al perderte; ya que tu angustia... tu dolor... arrancaron mis confesiones... te suplico que tengas valor... ¡No pongas ese gesto!

ELENA ¡Atrévete, atrévete á decirme cara á cara que me abandonas!

CHAC. Porque te adoro, Elena.

ELENA (Fuera de sí.) ¡No creo en esa adoración! ¡Gracias! ¡Una despedida cortés, y luego marcharte lejos, separarnos para siempre! ¿Serás malo, cruel, ó solamente tonto?... Me mandas sonreir y... ¡No! ¡Me faltan las palabras! Es como si me dijeras: «Vivirás con otros seres humanos, pero te prohibo beber, comer, respirar, pensar...»

CHAC. (Tratando de aplacarla.) ¡Cuidado!

ELENA ¡Tanto peor! Hace poco alzabas tú la voz. Ahora me toca á mí. (Bajando la voz.) No. No gritaré... Mírame. Tú eres audaz para las cosas de la vida; yo para las cosas del amor, porque mi amor es mi vida entera. Si no renuncias lealmente á esa separación, á esa cobardía, á esa vileza, si no me permites seguirte, si me rechazas y me repudias... ahora mismo—óyelo bien—cuando todos bajen, ante mis padres, ante mi marido, ante nuestros invitados, revelaré el secreto de nuestra unión. Diré la verdad, descubriré que eres mi amante. ¡Y veremos si entonces reniegas de mí!

CHAC. ¿Quieres que te deje ahora mismo?

ELENA (Sin levantar la voz.) Pruébalo.

CHAC. (A un paso de ella, mirándola á los ojos.) Mira que tengo los nervios rebeldes estos días.

ELENA (Sin levantar la voz ni rehuir la mirada.) ¿Qué me importan tus amenazas? ¡Si intentas salir, me agarro á tí y llamo!

CHAC. ¡Gracias por el consuelo que me das en el momento más trágico de mi vida!

ELENA (Apasionada.) En ese momento quiero estar contigo.

CHAC. (Tras de una pausa.) Bien mirado, soy tonto... Está perfectamente. Donde yo vaya, vendrás tú.

ELENA No te librarás de mí con vanas promesas, procedamos serenamente. Necesitamos una última conversación... tranquila... libre... en otra parte. ¿Pernoctas hoy en el castillo?

CHAC. No. Volveré á París después de comer.

ELENA Entonces nos veremos mañana. ¿Quieres que sea al medio día?

CHAC. No puede ser.

ELENA ¿A las dos?

CHAC. Tampoco. Almuerzo con mi cuñado y con un banquero, es la última tentativa.

ELENA ¿A las seis? (Se oye la campana.) A las seis. Comeremos juntos. Yo hallaré el modo. A las seis en tu casa.

CHAC. Está bien.

ELENA No me basta. Necesito un juramento.

CHAC. Te juro...

ELENA Júralo por mi vida. (Los criados abren las puertas del vestíbulo.)

CHAC. (Retrocediendo y con sonrisa amarga.) Si es indispensable...

ELENA (Muy bajo.) ¿Lo juras?

CHAC. (Muy bajo.) Lo juro.

ELENA ¿Por mi vida? (Gesto de asentimiento en él.) ¡Repítelo!

CHAC. ¡Por tu vida! (Pausa.) Pero te advierto que...

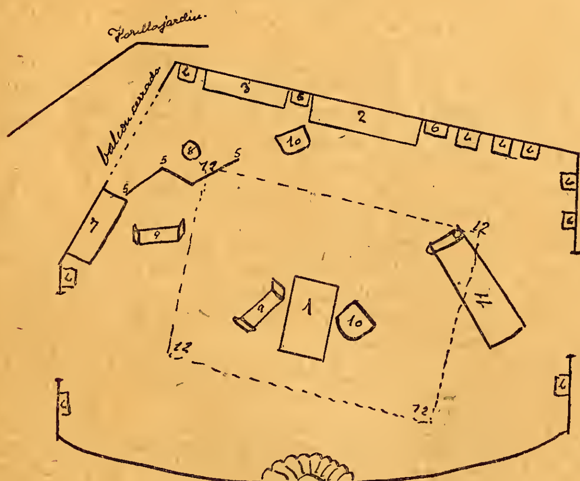
ELENA ¡Cuidado! (Óyese el rún-rún de los invitados.) Habla... dime algo. (Ante el espejo se arregla el peinado.) Habla. (Chaceroy se ha tranquilizado y, mientras entran los invitados en traje adecuado para el banquete, dirije la palabra á Elena, afectando frivolidad.)

CHAC. Figúrese usted que está viendo la carrera desde ahí. César entra el primero en línea. El jockey lleva las manos bajas... *Turlupin* ha avanzado y al llegar... (Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La acción sucede en el castillo ó residencia veraniega, en horas de medio día. Saloncito dotado con muebles de estilo modernista. En él se respira la intimidad de una dama elegante. Tiene dos puertas; una que conduce al parque y la otra, á la izquierda, que da ingreso al interior de la morada.



1 Mesa de centro sobre la que esta la caja con joyas.
2 Chimenea con «draperie», esculturas, jarrón c n planta y espejo.
3 Sofá.
4 Sillas.

5 Biombo de cristales
6 Columnas artísticas con plantas y «bibelots».
7 Mueble de capricho con multitud de figurillas y «bibelots».
8 Columna con planta de hojas muy altas.
9 Sillas de capricho (góndolas).
10 Butacas.
11 «Chaisse longue», cubierta con una piel, y almohadones.
12 Tapiz que va sobre la alfombra.

Todos los muebles serán de gusto moderno, muy sencillos y elegantes, pintados y tapizados en tonos claros.

Timbre eléctrico en la pared.

Araña eléctrica que no arde.

ESCENA PRIMERA

ELENA y BRAGELIN. Se alza el telón y entrambos aparecen de pie cerca de una mesita. Examinan joyas que ella irá extrayendo de un cofrecillo de plata y un collar de perlas atrae la atención de Bragelin

BRAG. (Mirando las perlas al trasluz.) Hay que reconocer que este collar es un tesoro. ¡Qué perlas negras tan tersas! Señora Condesa, bien puede usted envanecerse de tener una joya incomparable.

ELENA (Lisonjeada, pero triste.) ¿Le parecen á usted hermosas?

BRAG. Toda ponderación referida al collar es mezquina. Esas perlas son de un oriente y de una uniformidad que nadie puede cotizar mejor que nosotros. Sería muy difícil encontrarlas rivales.

ELENA (Con ansiedad.) ¿Ha reparado usted bien en el broche y en este otro collar de tres hilos? (Se lo da.)

BRAG. También es muy notable. Esas... (Señalando las negras.) y estas (Indicando el collar de perlas blancas.) son perlas de colección. Lo dicho; un verdadero tesoro.

ELENA (Inquieta.) ¿Cree usted?...

BRAG. (Inclina la cabeza en señal de asentimiento. Pausa. El joyero saca un cuadernito del bolsillo del gabán y se dispone á tomar notas.) En conclusión, señora

Condesa, ¿me confía usted las perlas negras, el broche y este otro collar de tres hilos? ¿No es eso?

ELENA Más estas sortijas y este imperdible. (Señalando alhajas que están en el cofrecillo.)

BRAG. (Con un gesto conque da á entender su cortés y amable desdén.) Esas bagatelas no hacen falta ahora. Si acaso la diadema y el colgante. (Una pausa. El joyero apunta en el cuadernito lo que se propone. Elena le mira con mal reprimida ansiedad.) Señora Condesa, yo no puedo olvidar que usted es una cliente de las más distinguidas de mi casa, ya que la primera vez que entró usted en ella me honró con un pedido considerable... Aprovecho, pues, la primera oportunidad que se me ofrece para mostrarla mi gratitud poniéndome enteramente á sus órdenes.

ELENA (Inclina conmovida la cabeza.) Celebraré que me facilite usted la salida que busco...

BRAG. A eso vamos. (Pausa.) Según he creído entender, la señora Condesa desea que el señor Chaceroy, mi cliente, esté en condiciones de ofrecer una garantía seria para tomar en préstamo los seiscientos cincuenta mil francos que él mismo me encargó le buscase el viernes último? (Pausa.) ¿Me equivoco?

ELENA (Precipitadamente.) Así es; ¿pero usted me responde de que el señor Chaceroy no encontrará jamás, jamás, pretexto para sospechar que esa garantía van á ser mis alhajas?...

BRAG. ¡Perdone usted, señora Condesa! El señor Chaceroy no tendrá el menor recelo sobre la procedencia de la garantía. Eso corre de mi cuenta. Yo le haré creer que he modificado mi primera impresión y que ahora me parece hacedero lo que antes me pareció imposible... Le diré, en suma, que hay un banquero dispuesto á facilitar los seiscientos cincuenta mil francos sobre la firma de los cuñados del señor Chaceroy.

ELENA (Descubriendo íntimos escrúpulos y temerosa de que el joyero suponga que ella procede de acuerdo con Roberto Chaceroy.) Sí, es lo mejor, para no las-

timarle en su delicadeza. Ayer supe yo por una casualidad que el señor Chaceroy se encuentra en un trance difícil..

BRAG. (Interrumpiéndola con diplomacia.) Entendido, señora Condesa... Un joyero está obligado á ser tan discreto como un confesor. .

ELENA (Inquieta y preocupada de que el joyero haya entrevisto las relaciones secretas de ella con Roberto.) A usted le sorprenderá quizás el interés que yo muestro por...

BRAG. (Interrumpiéndola con afabilidad.) Señora, en nuestra profesión nada sorprende... Si no estuviéramos curados de sorpresas, perderíamos el tiempo lamentablemente...

ELENA (Con astucia.) El señor Chaceroy, antiguo amigo mío, me sacó en otro tiempo de un apuro parecido á éste, sin consentir nunca que le compensara... Ahora me toca á mí proceder lo mismo...

BRAG. Yo agradecería á la señora Condesa que no se molestase en darme explicaciones. Tratamos de resolver el caso y lo demás no importa. (Pausa.) ¿Cuándo le sería cómodo á la señora Condesa el traerme esas perlas y esos brillantes?

ELENA (Con naturalidad.) Usted no debe ignorar que el dinero urge... Conviene que mañana lo más tarde esté el dinero en poder de Roberto...

BRAG. (Estupefacto.) ¿Mañana?

ELENA (Un poco inquieta.) Es indispensable que el señor Chaceroy disponga de los seiscientos cincuenta mil francos en el plazo de veinticuatro horas.

BRAG. (Con risueña incredulidad.) A no ver yo el aire serio de la señora Condesa, creería que se trataba de una broma... ¡Cerca de un millón de aquí á mañana!

ELENA (Con inquietud.) ¿Teme usted que el buscar ese dinero sea muy difícil?...

BRAG. (Con un matiz de socarronería en la voz.) ¡Bien se ve que la señora Condesa es hija de un archimillonario! ¡Seiscientos cincuenta mil francos representan una fortuna! (Luego de una pausa.) Será menester cotizar las joyas,

someter la operación á uno ó varios capitalistas de los que hacen este género de pignoraciones, y después que ellos hayan reflexionado, veremos si se llega á un acuerdo... (Pausa. Elena le mira con creciente ansiedad, con aplomo.) Creo que de aquí á tres ó cuatro días, podré dar á la señora Condesa una respuesta definitiva...

ELENA (Con exaltación.) ¿Una respuesta?

BRAG. Que supongo sea favorable. Y una vez aceptada la operación dispondremos de los fondos...

ELENA (Con visible contrariedad.) Total, ¿seis días ó siete?

BRAG. Cinco, según mis cálculos...

ELENA Eso no puede ser. ¿No comprende usted, señor Bragelin, que eso no puede ser?...

BRAG. Señora, por muy deprisa que fueran las cosas, por muy á la medida de nuestros deseos, no podríamos salir airosamente del compromiso de aquí á mañana...

ELENA ¿Por qué?

BRAG. Porque son muy contados los hombres de negocios que tienen á mano esa cantidad... de los que dan dinero por alhajas, casi ninguno.. tendrán que vender papel, retirar valores, operar en Bolsa; en una palabra, tendrán que perder algún tiempo en improvisar el dinero...

ELENA (Con resolución.) Señor Bragelin, ¡por Dios! Ayúdeme usted de veras. (Quédase cabizbaja y reflexionando. Luego con el gesto y con el acento de quien ha encontrado la solución del conflicto.) ¿Y por qué no había de ser usted quien me sacase personalmente del aprieto? No se arrepentiría usted, yo se lo prometo.

BRAG. (Con extrañeza.) Nosotros, señora, no disponemos de otro capital que nuestros géneros... Con la mejor voluntad del mundo no podría acceder á lo que usted me hace el honor de proponerme...

ELENA (Consternada.) ¡Es doloroso y terrible!...

BRAG. ¡Un poco de paciencia, señora! ¡Todo se arreglará!

ELENA (Apenada.) Si se tratase de mí, yo sabría esperar. No soy yo quien necesita ese dinero, señor Bragelin... Y es el último plazo que le conceden á ese pobre muchacho. ¿Comprende usted? El último... Transcurridas veinticuatro horas todo se habrá perdido... todo. (Bragelin hace un gesto que da á entender su dolorosa impotencia.)

BRAG. ¡Crea usted, señora Condésa, que lo deploro con toda el alma!

ELENA (Con cierta acritud.) ¡Si á lo menos hubiera usted sido puntual á mi llamamiento! En esperarle he perdido las dos terceras partes del día... (Pausa.) Yo hubiera podido ir á París, ponerme al habla con otras personas y acaso á estas horas estuviera resuelto el conflicto ..

BRAG. (Aceptando los reproches con la cabeza inclinada.) No pude presumir, cuando me hizo usted el favor de avisar por teléfono, que el caso fuese tan urgente, tan apremiante.

ELENA (Con igual acritud.) ¿No se le ocurre á usted nada más útil que decirme?

BRAG. (Algo cohibido.) En París hubiera sido difícil que la señora Condesa hubiera logrado lo que se proponía. (Elena le mira sorprendida. Pausa.) Si el negocio fuera limpio, franco, no habría dificultades. Dentro de dos horas estaria el dinero en nuestro poder. Lo malo es que sin la autorización de su esposo de usted, del señor Conde, nos exponemos á fracasar... Toda casa seria rechazaría la operación...

ELENA (Anhelante.) ¿Y el Monte de Piedad? ¿No nos podría facilitar la suma dejando las alhajas en garantía?

BRAG. ¿El Monte de Piedad? Nos daría, cuando más, trescientos mil francos y gracias... (Pausa.) Vea, pues, la señora Condesa, todo lo que es posible dadas las circunstancias. (Dilatado silencio.)

ELENA (Con trágica resignación en la que palpita el propósito de continuar luchando.) Bien. ¡Sea!...

BRAG. (Cohibido.) ¿Tiene algo que ordenarme la señora Condesa?...

ELENA (Seca y cortés.) No; gracias.

BRAG. Permítame la señora Condesa que insista en ponerme á su absoluta disposición...

ELENA (Con igual actitud, seca y cortés.) No, no; gracias. (Bragelin se dispone á salir. Pausa.) Espere usted, señor Bragelin. Ahora que me acuerdo; puede usted serme todavía útil... (Bragelin inclina la cabeza con galante consentimiento.) Puesto que la operación que acaba usted de proponerme exigiría mucho tiempo, he decidido buscar el dinero en otra parte. Creo que lo tendré hoy mismo.

BRAG. Me felicitaré de ello, señora Condesa. (Elena quédase un momento pensativa.)

ELENA (Saliendo de su cavilación.) ¡Lo tendré seguramente! Es preciso que hoy mismo vengan á mis manos esos seiscientos cincuenta mil francos. ¡No sé cómo he vacilado tanto!

BRAG. (Con gesto de duda.) La cantidad es muy considerable.

ELENA (Resuelta, con aire febril.) No importa. La tendré. (Pausa.) Dentro de poco me pondré en camino y en París combinaré mi plan del todo. Y como no me será posible pasar por casa de usted antes de comer, le ruego me diga dónde podría yo comunicarle ciertas órdenes á eso de las diez.

BRAG. ¿Esta noche?...

ELENA Esta misma noche.

BRAG. Indíqueme la señora Condesa el sitio y basta...

ELENA (Luego de una corta reflexión.) Lo mejor es que yo pase á esa hora por la joyería de usted. Le entregaré el cheque, usted lo guarda en caja, y cuando vaya el señor Chaceroy a conocer el resultado de las gestiones de usted, le entrega el dinero... (Pausa.) Se sobrentiende que con mucha cautela. Es preciso que crea en la comedia del banquero que se fía de él...

BRAG. (Sacando una tarjeta de su cartera.) Por si antes ó después me necesitase la señora Condesa, permítame que le ofrezca las señas de mi domicilio particular...

ELENA Gracias. ¿Regresa usted en el exprés?

BRAG. No, señora; me ha traído el automóvil de la casa... El viaje á través de estos campos tan pintorescos es muy ameno...

ELENA Sea usted amable conmigo hasta el fin, señor Bragelin... (Este asiente con una inclinación de cabeza.) Ruego á usted que en cuanto regrese á París vea al señor Chaceroy.

BRAG. Será usted atendida.

ELENA (Con calor.) Comuníquele usted la esperanza, mejor dicho, la seguridad de que mañana podrá recobrar la paz del espíritu...

BRAG. ¡Que así sea, señora Condesa!

ELENA Anímele usted.

BRAG. Y una reserva absoluta de todos estos planes nuestros, ¿verdad?

ELENA ¡Absoluta y total!

BRAG. Con un poco de prudencia todo se arreglará. El señor Chaceroy, que conoce el mundo, sabe que los prestamistas proceden en estos casos con más calma que los necesitados. Por eso si yo me manifestase con él muy confiado de disponer mañana del dinero, recelaría... En cuanto yo llegue á París, mandaré un aviso por escrito al señor Chaceroy alentándole un poco, y mañana le daré la seguridad plena. Obrar de otro modo es exponernos á que no me crea.

ELENA Sin desconfiar de la gestión de usted, señor Bragelin, yo quisiera que las inquietudes de Roberto se disiparan del todo hoy mismo...

BRAG. Nada tema usted... Así sucederá. (Se inclina respetuosamente y sale por la derecha. Elena toca un timbre. Un Ayuda de cámara aparece por el foro.)

ESCENA II

ELENA y un AYUDA DE CÁMARA

ELENA ¿El señor Barón?

A. DE C. El señor Barón acaba de salir acompañando á los señores Duques de Graveline hasta la puerta del parque.

ELENA (Con extrañeza.) ¡Ah! (Pausa.) Cuando regrese, avíseme usted.

A. DE C. Está muy bien, señora Condesa. (Pausa.) El señor Amadeo Lebourg está ahí...

ELENA (Con despego.) No estoy para nadie. ¡Que he salido!... (El Criado se inclina y se dispone á salir.) ¡José! (El Criado se vuelve respetuosomente.) Diga usted que enganchen para la hora del primer tren que va á París...

A. DE C. Muy bien, señora Condesa. (Nuevo intento de marcharse.)

ELENA ¡José! (El Criado se vuelve respetuosamente.) La señorita Genoveva, ¿ha venido con el señor Lebourg?...

A. DE C No, señora Condesa. El señor Lebourg ha venido solo. (Elena se queda pensativa como si de repente se le ocurriera intentar un recurso.)

ELENA Bueno; pues si el señorito Amadeo manifiesta deseos de verme, que entre. (El Criado se inclina profundamente y sale. Elena muy conmovida quédase mirando la puerta por donde debe entrar Amadeo.)

ESCENA III.

ELENA y AMADEO LEBOURG

AMAD. (Con cierta brusquedad.) ¡Salud! ¡Dios te guarde!

ELENA ¡Hola, Amadeo! ¿Y Genoveva?

AMAD Precisamente venía á advertirte que no cuentes con ella antes de las cinco y media.

ELENA ¿Las cinco y media? ¡Qué lástima! No podré aguardarla.

AMAD ¿Se puede saber por qué?

ELENA (Irónica.) Naturalmente que sí; porque salgo para París en seguida.

AMAD. (Con extrañeza.) He creído oir de tus labios esta mañana, que no saldrías de casa en todo el día.

ELENA He mudado de opinión. Una necesidad imperiosa é imprevista me llama á París. (Las anteriores palabras revelarán la intensa preocupación de Elena.)

AMAD. ¡Esa voz! Te noto conmovida. (Se afirma los lentes. Pausa.)

ELENA ¡Qué quieres! ¡Nadie está libre de malos ratos!

AMAD. (Con un matiz de ironía casi constante en él.) Yo creí que las personas elegantes no estaban sujetas á las contrariedades... (Pausa. Elena medita.)

ELENA (Sobreponiéndose á todo escrúpulo.) Amadeo, puesto que el azar te pone en mi camino en estos momentos, que son para mí de gran angu-tia, te ruego. (No se atreve á continuar cohibida por la vergüenza.)

AMAD. Continúa. ¿Qué ocurre?

ELENA (Con voz apesarada.) No sé como atreverme.. (Vacila.) ¡Amadeo! Yo necesito dinero...

AMAD. (Sorprendido.) ¿Tú en aprietos de dinero?

ELENA En serio, en gravísimo apuro. Se trata de mucho dinero, de una cantidad exhorbitante... (Pausa. Amadeo la contempla con estupor.) Hace un instante salió de aquí un joyero á quien he recurrido pidiéndole un préstamo sobre mis alhajas. ¡Míralas! (Amadeo deja caer una mirada distraída sobre las joyas.) Tú no ignoras que son de subido valor. Pues bien; el hombre se aviene á hacer la operación, pero necesita una semana que es para mí en estos momentos un siglo.

AMAD. (Irónico.) Urge, ¿eh?

ELENA (Con exaltación.) Urge desesperadamente.

AMAD. (Con socarronería.) ¡Es extraño! (Pausa.) ¡Muy extraño! (Pausa.) Nada quiero saber, sin embargo, porque no soy curioso...

ELENA (Con acento tierno, fraternal, casi suplicante.) Cuando te anunció el criado hace poco, pensé no recibirte por no ofrecerte el espectáculo de mi pesadumbre, que es bien desagradable por cierto; pero luego, recapacitando, pensé que tal vez tú.. (Vacila.) Amadeo, pudieses venir en mi ayuda. (Con cierto encogimiento al ver que el otro inclina la cabeza.) Tengo entendido que dispones ahora de fondos considerables...

AMAD. (Con fingida modestia.) No, considerable, no. Hasta un millón.

ELENA ¡No, no, no necesito tanto! (Con medrosa precipitación) Y quiere decir, que si yo te ofrezco la garantía que ofrecí al joyero, mas la de mi firma, tú te comprometerás á facilitarme la cantidad, ¿no es eso?... Ya sabes que no corre el menor riesgo, y por lo que hace á la índole del favor, yo te respondo de que me salvas la vida.

AMAD. (Irónico, triste y socarrón.) ¡Eres muy graciosa, Elena! ¡Me pides que salve tu vida y ya no te acuerdas que has malogrado la mía! ¡Eres muy graciosa, decididamente!...

ELENA (Conmovida.) ¡Lo sé! Tras de mis palabras se esconde el remordimiento de haberte herido sin querer, por ciegas fatalidades de la existencia, y te aseguro que ahora, al pedirte ese favor, se me está cayendo la cara de vergüenza... (Pausa.) Mil veces me has dicho que vales más que los hombres que me rodean, y yo lo creo... (Pausa.) ¿Accedes?... ¿Te niegas?

AMAD. Ni me niego, ni accedo. Como soy hombre de negocios acepto sólo aquellos que me parecen francamente buenos. Este que tú me propones no me inspira gran confianza; pero en fin, ¡quién sabe! Es posible que salga bien. Pásate mañana temprano por mi despacho.

ELENA (Con sequedad) ¡No iré!

AMAD. (Con desabrimiento cortés.) Me he propuesto no hacer favores gratuitos.

ELENA Acepto de antemano las condiciones que impongas al préstamo.

AMAD. (Socarrón.) No te comprometas precipitadamente. (Pausa.) Te quise, me abandonaste, tu padre se burló de mí y toda tu familia me ha humillado. (Pausa.) ¡Soy rencoroso!

ELENA (Vagamente.) Pero...

AMAD. (Interrumpiéndola.) ¡Lo dicho! (Con violencia.) Soy rencoroso. (Pausa.) Por fortuna para mí ya no sufro; pero el recuerdo de la afrenta subsiste. (Pausa. Con opaca voz.) Cada vez que suena en mis oídos un título nobiliario, una de esas falsas, brillantes y codiciadas ejecuto-

rias, me crispo... ¡La cólera y el desprecio me sofocan!

ELENA (Con tristeza.) ¡Al escucharte se disipa mi esperanza!

AMAD. (Con rencoroso acento.) No me avengo á hacer el bien gratuitamente. No quiero. (Pausa.) En otro tiempo fuimos novios. Tal vez no estuvieras enamorada de mí. Yo sí te amaba. ¿Por qué me aceptaste?

ELENA (Con melancólico enojo.) ¿A qué evocar el pasado?

AMAD. ¡En el jardín de tu casa, en Montmorency, hay testigos de que caíste una noche en mis brazos!

ELENA (Con acento ambiguo de horror y de repugnancia.) ¡Oh!...

AMAD. (Iracundo.) Sí, en mis brazos que te estrujaron con pasión... (Con voz ronca.) ¿Podrás negar que te besé en la boca, dí?... ¡Atrévete!

ELENA (Indignada y suplicante.) ¡Amadeo!... ¡Te ruego que...!

AMAD. (Interrumpiéndola.) ¡Comprendido: no quieres que evoquemos esos recuerdos porque te repugno, porque amas á otro...

ELENA (Con exaltación.) Te equivocas... ¡Lo juro!

AMAD. (Recobrando la calma súbitamente.) ¿No te repugno? Mejor que mejor. Entonces ven por casa mañana. Veremos si eso puede arreglarse.

ELENA (Hace un gesto de horror y de asco que no pasa inadvertido para Amadeo.) ¡Vete! (Amadeo, fascinado á su pesar, la mira con intenso deseo.)

AMAD. ¿Me expulsas de tu casa?

ELENA Sí; te echo. Vete.

AMAD. (Con sarcasmo.) ¿Por qué no ordena la señora Condesa á sus criados que me arrojen? (Elena encógese despreciativamente de hombros.) Muy bien; acepto la cortés invitación. (Disponiéndose á salir.) ¡Pero conste que no saldrás á flote sin mí, ó te ahogarás!... ¿Eh?

ELENA (Con ira y asco.) Sí, sí. ¡Vete!

AMAD. (Con calma. Irónico.) ¡Bueno; estamos como estábamos! (Sale por la derecha.)

ESCENA IV

ELENA y LEBOURG. Elena permanece breves momentos llorando, hasta que advierte la entrada de su padre por el umbral de la puerta izquierda. Se enjuga las lágrimas y sonríe

ELENA ¡Papá! ¡Gracias á Dios que te veo! (Sale con vivacidad á su encuentro y le besa.)

LEB. ¿Y para que te urge ver á tu papá? (Se detiene en el umbral.)

ELENA (Fingiendo alegría.) ¡Entra! Tengo que contarte muchas cosas.

LEB. No está el tiempo para niñerías ¡Estoy furioso!

ELENA ¡Vamos, papá! ¡Fuera enojos!

LEB. ¡Tu madre tiene el don de sacarme de quicio!

ELENA ¡Pobre mamá! ¡Qué gracioso privilegio el suyo!

LEB. ¡Eso es; compadécela! ¿La has oído hace un momento mientras almorzábamos? Pues sin el menor miramiento se puso á murmurar en plena mesa de la señora de Grand Martin, que estaba frente á ella.

ELENA ¿Y con quién murmuraba?

LEB. Con la Duquesa de Graveline.

ELENA ¡Ah! ¡Vamos! La cosa es menos reprobable... La de Grand Martin y la Duquesa son parientes.

LEB. ¡Portentosa teoría! (En tono de reconvención.) Cuando se consigue, como nosotros hemos conseguido, que se nos admita y se nos trate de igual á igual en la mejor sociedad, no hay derecho á murmurar en voz alta. Si oimos censuras ó ataques á los aristócratas de abolengo, debemos sonreir así como el que no asiente... Solamente cuando se les elogia, estamos obligados á corear las alabanzas... (Pausa.) ¡Eso no lo sabe tu madre porque... porque... es una necia! ¡Ea! (Se sienta.)

ELENA Ya que te has desahogado á expensas de la

pobre mamá, hablemos. (Lebourg la mira con escama.) ¡Papá! Tu hija necesita que le prestes un gran favor, un inmenso favor...

LEB. (Con desconfianza.) ¡También ella!

ELENA ¿Qué quieres dar á entender con esa exclamación?...

LEB. Desde que me he levantado esta mañana de la cama, todo el mundo se me acerca con grandes precauciones y me pide un favor. Hasta por correo me saquean. (Pausa.) Yo supongo que tratándose de tí, no vendrás también por dinero?

ELENA (Con naturalidad.) Te equivocas.

LEB. (Con cómica indignación.) ¿También tú, mi propia hija?

ELENA (Festiva.) Dilo en latín, papá; *¿tu quoque,* Elena?... Estarás más en carácter.

LEB. (Como si no advirtiera la broma.) ¿Alguna limosna que tienes que hacer con urgencia? ¡Como si lo viera!

ELENA No.

LEB. (Levantándose.) Sea ello lo que fuere, concedido con tal de que ahora mismo me permitas que me marche. Necesito que me oiga tu madre...

ELENA (Oponiéndose con un gesto.) ¡Papá mio! ¡No te vayas! (Pausa. El Barón la contempla con extrañeza.) Y nada de bromas. Es indispensable que me escuches cinco minutos.

LEB. ¿En serio?

ELENA ¡En serio! (Lebourg se sienta.)

LEB. ¡Desdichado de mí! ¿Por qué no se me ocurriría irme de caza esta mañana?

ELENA (Conmovida.) ¡Papá de mi corazón!

LEB. Nada de solemnidades. ¡La cantidad en seco!

ELENA Papá; yo no tengo que reprocharme el haberte causado ningún disgusto. (Gesto de Lebourg asintiendo.) He sido buena y dócil... ¿Verdad?

LEB. Hija mía, es cierto.

ELENA Puesto que lo reconoces, convendrás conmigo también en que nunca te molesté con veleidadades y caprichos míos. ¿Cierto?...

LEB. Es verdad. (Aparte.) ¿A dónde irá á parar?

ELENA Ya que haces justicia á mi pasado, puedo hablarte sin reserva de mis angustias presentes. (Pausa.) Es preciso, querido papá, que me facilites á título de préstamo, (Gesto de Lebourg.) como préstamo, entiéndelo bien, una cantidad de importancia...

LEB. (Con cómica extrañeza.) ¿Una suma de importancia? ¿Y á título de préstamo? Apostaría que me estás tomando el pelo...

ELENA (Con seriedad.) No es broma.

LEB. (Caviloso.) Si no es broma tu pretensión quiere decir que has agotado el presupuesto conyugal y necesitas...

ELENA (Con vivacidad.) Te suplico que no me interrogues, que no pretendas saber nada. (Pausa.) ¿Me permites que sea franca?...

LEB. No hace falta. Yo prefiero que me saques el dinero con cierto misterio... Tiene más gracia. (Pausa.) ¿Te bastará con mil ó dos mil luises?

ELENA (Con un matiz de reproche.) ¿Dos mil luises, papá?...

LEB. ¡Son cuarenta mil francos...

ELENA (Con súbita resolución.) ¿A qué andar con rodeos? Papá; sin broma, que te parecería muy pesada; muy en serio. Te ruego me facilites como préstamo, ó como tú quieras, un cheque de seiscientos cincuenta mil francos... (Lebourg hace un gesto de estupor.) Y es preciso que sea hoy mismo. (La mirada de Lebourg expresa una mezcla de estupor y enojo.)

LEB. Acabo de comprender que te estás burlando de mí...

ELENA (Conmovida.) ¡Ven en mi ayuda, yo te lo suplico!

LEB. (Con seriedad.) ¿Hablas de veras?

ELENA Espero un sí ó un no con ansiedad.

LEB. Pues bien; no.

ELENA (Dolorosamente.) ¿Por qué esa ruda negativa, papá?

LEB. (Dando libre curso á su ira.) ¿Por qué? ¿Y tienes la osadía de preguntarlo? (Pausa.) Pero, ¿qué demonio de apuro es ese que exige nada menos que seiscientos cincuenta mil fran-

cos?... (Gesto de doloroso abatimiento de Elena.) Por lo visto me habéis tomado por la casa de la moneda...

ELENA (Con melancólico acento) Te ruego, papá, que no me confundas con cualquier persona extraña de esos que abusan de tu bondad y de tu riqueza... Soy tu hija, sé que me adoras y que posees una fortuna de cincuenta ó sesenta millones...

LEB (Con enojo.) Sea cualquiera la cuantía de mi fortuna, nada te importa... (Pausa.) Y ya comprenderás que si yo me entretuviera en repartir cheques de seiscientos cincuenta mil francos como si fueran prospectos, estaría pasado mañana en un asilo...

ELENA ¡No te enojes, papá, te lo suplico!

LEB No es que me enfade; es que tu inconsciencia me irrita...

ELENA ¡Repara en que se trata de un préstamo, papá! ¡Yo te devolveré esa suma!

LEB. ¡Claro, cuando me heredes! ¡Y será curioso saber dónde estaré yo entonces!...

ELENA Restituiré ese dinero muy pronto.

LEB. (Con creciente enojo.) ¡Basta de niñerías! ¡No puedo ni aun oir semejantes proposiciones! ¿Es que has contraído deudas?

ELENA Te juro que no.

LEB ¿Y cómo justificas esa necesidad?

ELENA (Con descsperación.) ¡Papá, por Dios! ¡Papá, por Di s! ¡No me preguntes nada! Lo que puedo decirte es que me urge ese dinero, y que hoy, suceda lo que suceda, lo tendré.

LEB. Con someter el caso á tu marido, conflicto resuelto. Así como así, vuestra fortuna personal no es insignificante... Al dotarte no anduve mezquino.

ELENA De mi marido nada puedo esperar en este caso.

LEB. ¡Y hará bien! Si tú crees que yo soy materia mejor dispuesta para el saqueo, te equivocas...

ELENA Nunca fuí exigente contigo.

LEB. No te hizo falta. Apenas abrías la boca, te la cerraba yo complaciendo tus deseos.

ELENA Si no me salva tu cariño ahora, estoy perdida...

LEB. (Con escama.) A la cuenta, es más á mi dinero que á mi cariño á lo que recurres. (Gesto de Elena.) Y sobre todo; detesto el misterio. Conozca yo el motivo, la justificación de esa necesidad.

ELENA Me es imposible revelártelo, papá.

LEB. (Con enojo é ironía.) Muy bien, hija mía, muy bien. Te felicito por tu reserva; no insisto más. (Dispónese á salir.)

ELENA (Se va hacia él con doloroso ímpetu.) ¡Papá sé clemente con tu hijita!

LEB. (Rechazándola con un gesto.) ¡No hablemos de eso una palabra más!

ELENA Considera que yo no te causaría una contrariedad tan grande sin un motivo gravísimo, sin una razón delicada é imperiosa!...

LEB. (Seco.) Venga ese motivo... (Con ironía.) O no me lo digas... ¡me da lo mismo!

ELENA Nada más puedo decirte...

LEB. (Con calma.) ¡Bueno!

ELENA ¡No me abandones!

LEB. ¡Estoy resuelto á no escucharte!... (Dispónese á salir.)

ELENA (Con angustia y cólera.) ¿Es tu última palabra?

LEB. (Volviéndose casi desde el umbral.) Sobre eso, ¡-í!

ELENA (Iracunda, convulsa de dolor y desesperación.) ¿De modo que en el único caso grave que puede presentarse en mi existencia, recurro á mi padre, y me rechazas violentamente?... ¿Y porque no satisfago tu curiosidad, te niegas á sacarme del angustioso conflicto en que me encuentro, á costa de un poco de ese dinero que tú prodigas por vanidad?...

LEB. (Yendo hacia ella colérico.) ¿Qué dices?.. ¡Estás ofendiendo á tu padre! (Con la voz trémula.) ¡Es preciso que me pidas perdón ahora mismo!

ELENA (Con ira.) ¿Perdón de qué?... ¿Acaso es la queja un delito? (Pausa.) ¡Pero sí! Es natural que la criatura buena, dócil, resignada que jamás influyó en tus actos, que se sometió á todos tus caprichos paternales, que inmoló su vida uniéndose á un imbécil, que hizo en

todo tiempo lo que tu querías, es natural que no tenga derecho á quejarse y á protestar...

LEB. (Irritado.) ¡Eres una ingrata, y una hipócrita!

ELENA (Con desesperación.) ¡Soy todo menos eso!...

LEB. ¿Y con qué derecho quieres imponerte á mí ahora? ¿Con qué derecho me exiges el sacrificio de una gran parte de mi fortuna, tú, á quien jamas rehusé un sólo favor?...

ELENA (Suplicante.) Papá; te suplico que depongas esa actitud de dureza... no he querido ofenderte... Es mi desesperación, es mi dolor el que habla...

LEB (Con creciente ira.) ¡Me has ofendido gravemente, has abusado de mí!... ¿Y sobre eso pretendes que ahora me sacrifique por un capricho tuyo?... No, no será jamás...

ELENA (Rebelándose.) ¡Basta! ¡No hables de sacrificios! Hace cinco años me impusistes uno que yo acepté sin vacilar... un sacrificio enorme, el más penoso y humillante que se puede imponer á una mujer...

LEB. (Con irritada extrañeza.) ¿Hace cinco años?

ELENA Sí; el día en que me obligaste—esa es la palabra—á casarme con Armando de Brechebel.

LEB No fué mandato; fué ruego.

ELENA Ruego y amenaza; no lo he olvidado. (Pausa.) Pero en fin, las amenazas no me hubieran rendido. Recuerda que derramaste lágrimas pidiéndome que accediera... Por esto acepté la mano de un hombre que no era ni guapo, ni distinguido, ni bueno, ni culto... Tú fuiste el culpable...

LEB. (Colérico.) ¡Mientes!

ELENA ¿Por qué lo niegas? Si nadie nos oye...

LEB. ¿Quién serías tú á estas horas sin ese matrimonio? La hija de un oscuro industrial.

ELENA ¡Pero tal vez fuese libre, la dueña de mi vida!

LEB. Estarías codeándote con la vulgaridad bien vestida... mientras que ahora tienes derecho al respeto de la más elevada aristocracia... ¿no es eso la felicidad ó poco menos?

ELENA (*Con dolorosa vehemencia.*) Lo será para ti, para mí no. (*Con intensa emoción.*) Toda mi vida transcurrirá al lado de este cínico vulgar, de este pirata elegante, cazador de dotes, alma árida, sin ternura ni grandeza, que sólo vive para esa cosa fútil y despreciable, el sport, refugio de los hombres que no sirven para empresas más altas... Ni me ama, ni le amo. Y cuando sobrevenga la vejez sin hijos, el desamparo triste que hay al término de la existencia, este hombre mezquino, vulgar, seco y avaro, será para mí toda la familia y todo el hogar...

LEB. (*Consternado.*) ¡Calla!

ELENA ¡No puedo! ¡Y no quiero callar! (*Lebourg va á cerrar la ventana que da sobre el parque.*)

LEB. Tú y tu madre tenéis la manía de gritar. ¡La educación! ¡Oh la educación! (*Pausa. Lebourg pasea lentamente de un extremo á otro de la sala.*) He estado á punto de enfadarme; (*Elena se sienta y apoya la cabeza sobre las manos.*) pero temo que la cólera me lleve demasiado lejos... Temo el escándalo, sí; lo temo, no por mí, que soy fuerte, sino por nuestro nombre, por nuestra posición. (*Pausa.*) Tratemos de llegar á un acuerdo...

ELENA (*Con calma.*) No deseo otra cosa...

LEB. Permíteme antes que te dirija algunas preguntas.

ELENA (*Con tristeza y abatimiento.*) Sospecho, papá, que no voy á poder contestarte...

LEB. No, no; tranquilízate; contestaré yo por tí (*Pausa.*) En primer lugar, es indudable que si tú necesitas seiscientos cincuenta mil francos, es para alguien...

ELENA Perdona, papá, si guardo silencio.

LEB. (*Con calma.*) Te ruego que no me interrumpas. Yo no soy tan imbécil como me suponen las gentes que me sacan el dinero... Tengo mis defectos, mi ridiculeces si se quiere, pero sé razonar. (*Parándose en firme.*) Para mí está fuera de duda que tú necesitas ese dinero para una persona, y esta persona es un hombre. (*Movimiento negativo de Elena.*)

ELENA Te engañas.

LEB. Un hombre probablemente guapo, elegante, distinguido y (Con ironía.) apasionado... Solamente la pasión es capaz de exigir ciertos sacrificios...

ELENA (Con viveza.) Repito que te equivocas... ¡Si esa persona es un hombre—y no lo niego yo—ignora absolutamente que conozco su situación, y que me preocupo de resolverla... La casualidad me ha enterado de que yo podría serle útil...

LEB. (Con ironía.) ¡Es curioso! ¡Te dispones á hacer un inmenso favor á quien no te lo pide!

ELENA Y te juro que se trata de un perfecto caballero. Todo, hasta el último céntimo de la cantidad que se le preste, será restituído. .

LEB. A los millonarios nos es familiar esa frase, porque todo el que pide jura que devolverá hasta el último céntimo... (Pausa.) Y ahora, hija mía, venga el nombre de ese perfecto caballero...

ELENA (Levantándose con brusco movimiento.) ¡Jamás!

LEB. ¿Por qué? Todo lo que no sea revelarme ese nombre, es perder el tiempo ..

ELENA ¡Es una táctica cruel la tuya, papá!

LEB. No puedo comprometerme á nada sin saber si tu protegido merece que yo me interese por él...

ELENA (Con fuego.) Lo merece.

LEB. (Con escama.) Lo aseguras con demasiada vehemencia para que yo crea en tu imparcialidad. . (Pausa.) Sin prometer concretamente nada, te diré, sin embargo, que para que yo intente algo en favor de ese hombre, es indispensable que sepa cómo se llama.

ELENA No tengo el derecho de pronunciarlo ahora.

LEB. (Con blandura.) Elena, hija mía, aunque hace un momento hayas maltratado un poco á tu padre, yo supongo que no le considerarás capaz de una deslealtad ..

ELENA Nunca puse en duda tu honradez y tu lealtad.

LEB Pues bien; te doy mi palabra de honor de guardar el secreto. Y ya sabes que mi pala-

bra vale tanto como mi firma, y que mi firma es dinero... (Pausa.) ¡Venga el nombre!

ELENA ¡Qué tortura!

LEB. ¡El nombre!

ELENA ¿Bajo condición de secreto absoluto?

LEB. Absoluto.

ELENA (Débilmente) ¡Roberto de Chaceroy!

LEB. (Con sorpresa.) ¿Chaceroy?... ¡Confieso que no lo preveía! (Pausa.) ¿Y son tan urgentes sus apuros?

ELENA A estas horas corre desesperadamente de puerta en puerta buscando esa suma á través de París. Y temo que no la encuentre.

LEB. Es lo más probable.

ELENA Si no dispone de esa cantidad antes de mañana por la tarde, es hombre perdido...

LEB. ¿Cómo lo sabes?

ELENA Me lo ha dicho una tercera persona á quien Chaceroy ha confesado sus conflictos.

LEB. (Con sorna.) ¿Una tercera persona? (Pausa.) ¿Estás segura de que no ha sido él mismo quien te ha dado á conocer su situación?

ELENA ¡Oh!

LEB. ¿Fué anoche?

ELENA ¡Hablas en broma, papá! El, tan digno, tan reservado...

LEB. ¡Todas las mañanas, unos cuantos señores muy dignos y muy reservados, desfilan por mi despacho y se llevan tranquilamente mi dinero!

ELENA ¡Chaceroy no es de esos!

LEB. ¿Cómo lo sabes tú? (La mira con fijeza.)

ELENA (Turbada.) ¿Es que puedes imaginarte á Chaceroy viniendo á esta casa á llevarse mi dinero?... (Ríe nerviosamente.) ¡Di!..

LEB. (Conciliador.) En efecto, no me lo figuro...

ELENA (Con atrevimiento.) Por lo demás, ya habrás notado que apenas nos dirigimos la palabra...

LEB. (Con escama.) Sí, sí...

ELENA Somos amigos superficialmente... nos encontramos á menudo en sociedad, pero no hemos llegado á intimar...

LEB. (La vuelve á mirar hasta el fondo de los ojos.) Sí,

sí, comprendido. Lo que no me explico es tu exaltación y tu angustia por salvarle...

ELENA ¡Tú exageras!...

LEB. ¿Yo? ¡Si acaso tú!

ELENA No, papá, la hostilidad de tu rostro y la dureza de tu palabra cuando yo te suplicaba en favor de un amigo nuestro, me irritaron un poco .. Eso ha sido todo... No podrás negar, después de todo, que me intereso por un amigo tuyo á quien tú tienes sincero afecto...

LEB. (Desconfiado.) Sí, sí. (Pausa.)

ELENA Yo creo, papá, que no hay para qué insistir más sobre ciertos pormenores del caso. Ya de acuerdo tú y yo, ¿quieres que estudiemos el modo de sacar á Chaceroy del conflicto? ¿Supongo que ya no vacilarás?

LEB. (Un poco impaciente.) ¡Pues mira, sí que vacilo!...

ELENA ¿Dudas en socorrer á un hombre á quien consideras como tu propio hijo? Yo he sido testigo de que le has dado varias veces ese título...

LEB. (Escéptico) Es posible; pero, te advierto que no dejaría yo seiscientos cincuenta mil francos tan facilmente en poder de mi propio hijo... Acabas de ver que siendo tú mi hija, te los he negado.

ELENA (Nerviosa.) Bromas aparte, debo decirte que el tiempo apremia... Tratemos de arreglar el asunto...

LEB. (Con calma) En mi fuero interno ya lo tengo yo resuelto. ¡No doy el dinero!...

ELENA (Con angustia é impaciencia.) En préstamo se sobreentiende...

LEB. ¡Dar! ¡Prestar! Tanto monta. Y sin motivos muy poderosos no se aviene uno á eso.

ELENA ¿No es amigo tuyo?

LEB. Un amigo como otro cualquiera...

ELENA Yo creí que le distinguías...

LEB Por lo visto, él es el que me distingue á mí.

ELENA Me consta que le estimas mucho.

LEB. Estás en un error. Por el contrario, procuro eludir poco á poco su amistad discretamente.

ELENA ¿Y eso?

LEB. Es razonable. Yo, aunque sea un *parvenú,* procuro ponerme á tono con mi mundo, es decir, con el mundo aristocratico que me ha dado hospitalidad.

ELENA No veo á donde vas á parar.

LEB. Estoy en el deber de administrar mi posición, y uno de mis primeros cuidados estriba en escoger mis relaciones... ¿Comprendes?

ELENA Nada.

LEB. Sin saber por qué, se me figura que Chaceroy está ya cuesta abajo... Se le encuentra de día en día más antipático... Luego, juega de un modo loco y pierde siempre.

ELENA ¡Y paga!

LEB Sí, sí. ¡Paga!... ¡Esa es la verdad!

ELENA ¿Acaso se lo reprochas?

LEB Ni entro ni salgo en las interioridades de Chaceroy. Por ahí empieza á preguntarse la gente de dónde procede el dinero de ese hombre y ayer mismo, en el Club Chalon Crucy, se le acusaba de explotar el amor de una mujer.

ELENA (Irritada.) ¿Tú, papá, no habrás repetido en ninguna parte infamia semejante?

LEB Yo no me considero con autoridad para ser árbitro en casos como éste, pero hago constar que en nuestro mundo, la gente trata á Chaceroy con más frialdad cada día.

ELENA (Estallando.) ¡Es una infamia intolerable!

LEB. (Enojado.) ¡Te advierto que vuelves á faltar al respeto á tu padre!

ELENA ¡Haz el favor de moderar ese lenguaje que me subleva y yo me contendré!

LEB. ¡Elena!

ELENA ¿Es decir, que decides abandonar á tu camarada, á tu amigo, porque media docena de imbéciles le traen en lenguas, y consientes que sea víctima de una catástrofe?

LEB. ¿Una catástrofe? ¿Qué catástrofe?

ELENA ¿Qué puede importarte, puesto que has resuelto volverle la espalda? ¿No lo ha dispuesto así ese mundo elegante que te regula á tí el pensar y el vivir?

LEB. Entendámonos; yo le esquivo, pero no le abandono. Si le viese en peligro iría en su socorro.

ELENA (Con esperanza ardiente.) ¿De veras?

LEB Yo no miento nunca.

ELENA Entonces busquemos rápidamente el medio de salvarle. ¿Cuento siempre con tu reserva más absoluta?

LEB. Siempre.

ELENA Pues bien; Chaceroy corre un peligro inminente.

LEB ¡Ah! ¡ah!

ELENA El jueves último perdió su fortuna total en el juego.

LEB. Lo sabía, pero me consta que ha saldado los compromisos que dejó pendientes.

ELENA (Dolorida.) ¡Sí; con dinero que no era suyo!

LEB. (Con extrañeza.) ¿Cómo es eso? ¿A ver?

ELENA Una debilidad; un vértigo de locura. Perdido lo suyo, echó mano de unos fondos que le habían dejado en depósito dos industriales del Norte, propietarios de las caballerizas de carreras que Roberto dirigía.

LEB. Los conozco; los hermanos Rubé.

ELENA Y ahora le apremian. Chaceroy debe entregarles mañana seiscientos cincuenta mil francos ó afrontar el deshonor y la prisión.

LEB. Lastimoso fin que yo presentía... Porque, hija mía, me temo que vaya á parar en la cárcel.

ELENA (Con angustia.) ¡Pero tú le salvarás!

LEB. ¿A ese granuja? ¡Nunca!

ELENA ¿Qué dices? (Le mira entre colérica y espantada.)

LEB. ¡Es un perdido que no merece disculpa!

ELENA (Desatada y con voz baja y ronca.) ¿Es decir, que me arrancas lentamente, pérfidamente mi secreto, el secreto de mis entrañas, para venir á este fin?... ¡Qué traición! ¡Qué indignidad!

LEB La indignidad está en disponer viciosamente del dinero de honrados industriales.

ELENA ¡Fué un vértigo de locura! ¿No le perdonarías si se tratara de un hijo tuyo?

LEB. (Exasperado.) Pero, ¿á qué insistir en eso? Chaceroy no es hijo mío.

ELENA (Con desatada violencia.) ¡No es hijo tuyo, pero es... (Conteniéndose y reservando el secreto que se le iba á escapar.) tu amigo, un amigo á quien estimas!...

LEB. (Yendo á su encuentro, la toma por la muñeca.) ¡No, no es eso lo que ibas á decir! ¡Acaba! ¡Sé sincera!... (Mirándola fijamente en los ojos.) ¡Ten el valor de tu indignidad!

ELENA (Con fiereza dolorosa.) Pues bien; ¡Roberto de Chaceroy es mi amante!

LEB. ¡Acabáramos! (Quédase consternado.—Se rehace.) ¡Pero no; eso no es verdad! ¡Me engañas! ¡Y mientes para que le ampare! ¿No es verdad?

ELENA ¡Le adoro!

LEB. (Con humillación é iracundo.) ¡Tú infiel á tu marido! ¿Tú con un amante? ¿Tú? (Pausa.) ¡Mientes!

ELENA (Con calma.) ¿Te sorprende?... ¡Por lo visto te figurabas que iba yo á serle fiel á ese granujilla elegante con quien me casaste!

LEB. (Colérico.) ¡Infame!

ELENA ¿Infame porque no quiero soportar á tu yerno, á ese imbécil distinguido?

LEB. (Con reconcentrada voz.) ¡Eres una perdida!

ELENA (Con apasionada exaltación.) ¡Por fortuna he hallado en este mundo frívolo y árido, al que tú me trajiste, un hombre á quien amo con locura!... ¡Si por hacerle feliz fuera menester dar la vida, yo la daría sin vacilar! ¡Considera tú ahora si estaré yo dispuesta á salvar á este hombre!

LEB. ¡Eres la deshonra de la familia!

ELENA (Con reconcentrada é imponente voz.) ¡Basta de frases teatrales! Vamos al desenlace sea cual sea, y pronto. Tú y yo somos de la misma sangre. Por lo tanto, me conoces. Pues bien; yo te juro por el nombre que llevo, por el ideal de amor de mi alma, que si Roberto se deshonra, me deshonraré con él, que si huye, huiré con él, que si perece, pereceré con él! ¡Ahora elige lo que mejor convenga á tus intereses!

LEB. ¡Eres una miserable que abusa de la situación!

ELENA (Fogosamente.) ¡Soy una mujer que ama y está resuelta á salvar su amor!

LEB. ¡Ah! (Dirígese á ella con gesto de amenaza y el puño levantado, pero retrocede asustado de lo que iba á hacer. Déjase caer en un sillón abismado de pesadumbre. Elena solloza recostada en una «chaisse-longue». Pausa larga. Levantándose con resignación.) Concluyamos; eres la más fuerte y puedes decidir...

ELENA (Poniéndose de hinojos ante él.) ¡Papá, perdón! ¡Sufro mucho!

LEB. (Con gesto desdeñoso.) Nada de frases teatrales, como tú dices. Afrontemos el caso, como un asunto comercial. Vuestro plan ha triunfado. ¡Tanto él como tú sois hábiles!... (Pausa.) Mañana llamaré al señor Chaceroy á mi despacho y le expresaré las condiciones bajo las cuales consiento en salvarle de la prisión.

ELENA ¡No le conoces! ¡Rehusará todo auxilio y te arrojará los billetes de Banco al rostro!

LEB. (Escéptico.) ¡No temas!...

ELENA ¡No te escuchará siquiera!

LEB. ¿Un hombre de su calaña?... ¡No faltaba más!

ELENA (Con angustia.) ¡Por Dios! ¡No le ultrajes! ¡Busquemos otro procedimiento!... ¡Un medio indirecto cualquiera!

LEB. ¿Un medio indirecto? ¡Sería perder tiempo! A este sujeto le traeré yo á la realidad de las cosas, y á tí te restituiré al terreno del deber y de la vergüenza!

ELENA (Irritada.) ¡Basta! ¡Vuelves á las indelicadezas de antes! ¡Roberto de Chaceroy, nada te ha pedido! .. ¡Nada necesita de tí! ¡Nada te pido yo para él! ¡Conserva tu dinero, pero acuérdate de que has jurado guardar el secreto!... ¡Y ahora, te prohibo que le ofendas nombrándole siquiera!

LEB. ¡No acepto órdenes tuyas! ¡No puedes negar que eres la querida de ese hombre, y que ese hombre ha cometido un abuso de confianza, que ha robado!...

ELENA (Con desgarrador acento.) ¡Si vuelves á repetir esas indignas atrocidades, no respondo de mí! (Lebourg se encoge desdeñosamenae de hombros.) ¡Si insistes en maltratarle, te demostrará que aquí no hay más que un reo de abuso de confianza, de haber robado un secreto, y ese reo serás tú!

LEB. ¿Yo ladrón? (La echa un nudo con las manos á la garganta.) ¡A ver, repítelo!

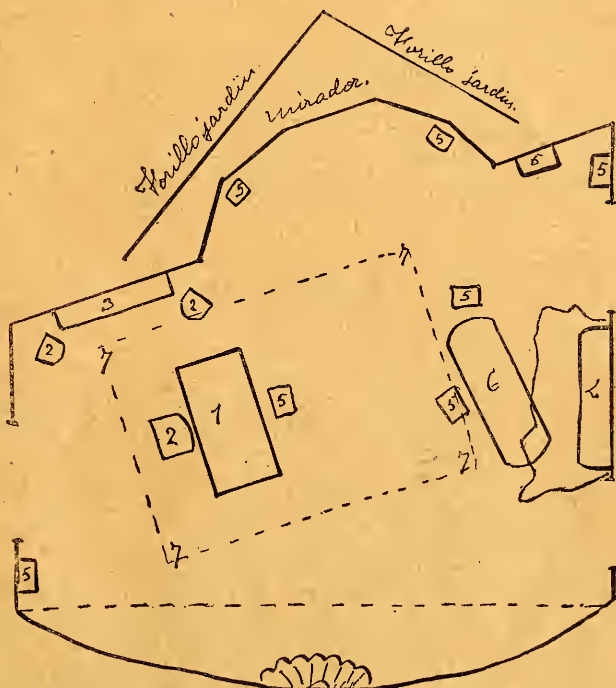
ELENA (Desasiéndose iracunda.) ¡Tú! ¡Sí, tú! ¡Ladrón! ¡Perjuro! ¡Desleal!

LEB. (Abandonándola.) ¡Eres una pobre loca! (Elena quédase llorando. Lebourg desaparece por la primera derecha. Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La casa de Chaceroy, en París. Despacho elegante. A la derecha puerta de la biblioteca; á la izquierda, primer término, entrada al tocador; segundo término puerta de comunicación con el vestíbulo.



1 Mesa escritorio: recado escribir, cenicero, fosforera.
2 Butacas.
3 Sofá.
4 Diván cubierto por paño «peluche» que arrastra por el suelo y muchos almohadones.
5 Sillas.
6 Mesa centro con libros y revistas extranjeras.
7 Tapiz.

Araña eléctrica con llave en escena.
Timbre eléctrico en la segunda izquierda por entre bastidores.

ESCENA PRIMERA

CHACEROY; después FRANCISCO. Una escena muda bastante larga. Chaceroy está escribiendo ante la mesa escritorio. Ha escrito ya una carta y hállase terminando otra. A veces deja la pluma y medita. Se levanta, siempre pensativo, da una vuelta por la habitación y vuelve á sentarse. Ha cerrado ya las cartas en los sobres y guardándoselas en el bolsillo, cuando aparece Francisco

FRAN. Está ahí el señor Bragelin...

CHAC. (Sin entusiasmo.) ¿Bragelin? ¡Que pase, que pase!

ESCENA II

CHACEROY, BRAGELIN, después Francisco

CHAC. ¿Qué significa su carta de anoche? ¿Ha descubierto usted algún cándido que abra la bolsa?

BRAG. Señor de Chaceroy; ayer creí el asunto arreglado; hoy tengo menos confianza. No obstante...

CHAC. ¡Es notable! ¡Todos lo mismo!

BRAG. Mi capitalista pone algunos reparos... No es que niegue...

CHAC. Felizmente no había cifrado ninguna esperanza en usted.

BRAG. Pues fué una injusticia... El banquero de

que se trata es un señor muy esquinado y repito que no ha dicho aún la última palabra.

CHAC. De creerle á usted, no la diría nunca. Las negociaciones durarían hasta que muriésemos usted y yo.

BRAG. Le aseguro, señor de Chaceroy...

CHAC. Amigo Bragelin, el otro día me dirigí á usted únicamente por cumplir con un deber de conciencia; pero ya sabía yo que pedía lo imposible, que sólo un loco podría prestarme...

BRAG. ¡Señor de Chaceroy!

CHAC. Sin embargo, usted ha vuelto á hablarme del asunto...

BRAG. Porque encontré un banquero que...

CHAC. Conozco bien á los intermediarios. Usted no es capaz de desenredarse de ningún negocio por malo que le parezca.

BRAG. Señor de Chaceroy, si no me deja usted hablar...

FRAN. (Entrando y señalando la puerta derecha, primer término.) El señor Bernard está en el aparato.

CHAC. Está bien. (Sale Francisco. A Bragelin.) Con su permiso, un momento. (Entra en la primera derecha.)

ESCENA III

BRAGELIN, luego ELENA.—Bragelin, después de una mirada á los cuadros que habrá en las paredes, se sienta. Entra Elena con el mismo abrigo, sombrero y traje del día anterior. Toda la escena es en voz baja

ELENA ¡Al fin le encuentro á usted! ¿Está él ahí?

BRAG. Le han llamado al teléfono. (Mientras Elena estira el cuello para oir la voz de Chaceroy.) ¿Se siente usted mal, señora Condesa?

ELENA (Incorporándose asustada.) ¿Yo? ¿Por qué?

BRAG. La veo á usted tan pálida...

ELENA No estoy muy bien; pero, ¡qué importa! Tengo el dinero.

BRAG. ¿Ya? (Como dudándolo.)

ELENA Sí... Vengo de su casa de usted. Me retrasé algunos minutos. He dejado el cheque á su señora.

BRAG. El caso es que yo acabo de hablar con el señor de Chaceroy...

ELENA ¿Ahora?

BRAG. Ahora mismo. Y como desde esta mañana me hallaba sin noticias de usted, he juzgado prudente desanimarle algo.

ELENA Debió usted haberme esperado.

BRAG. Sí. Hasta las cinco. A esa hora estaba citado con el señor de Chaceroy.. Además, cuando pasó usted por mi casa, me notificó que su señor padre... que el señor Barón se había negado á prestar la cantidad, y que esta tarde haría usted una tentativa con un primo suyo... el señor Amadeo Lebourg... Y ahora puedo confesarlo; yo no tenía la menor esperanza en el buen éxito de esa gestión.

ELENA ¿Cómo?

BRAG. Tanto más, cuanto que parecía usted dirigirse al señor Amadeo Lebourg sin entusiasmo... ¡Casi dudaba usted!

ELENA Me contrariaba mucho el molestar á mi primo... aun así lo hice porque era necesario... Y ahora, ¿cómo terminaremos el asunto?

BRAG. Yo sé de un medio muy sencillo.

ELENA ¡Chist! (Llega hasta la puerta de la biblioteca, primera derecha, para comprobar que Roberto sigue en el teléfono, y vuelve á primer término.) ¿Cuál?

BRAG. Yo anunciaré al señor de Chaceroy que voy á dar al banquero un nuevo ataque, y luego, antes de una hora, volveré jadeante, resplandeciente, como si acabara, con gran sorpresa mía, de arreglarse todo.

ELENA Sí. (Pausa.) Eso es. Vuelva usted lo antes posible. (Se separan. Ella se dirige hacia la puerta de la izquierda. Chaceroy vuelve de la biblioteca.)

ESCENA IV

DICHOS y CHACEROY

CHAC. (Sorprendido.) ¿Usted, señora?
ELENA (Sonriente.) Sí. Acabo de llegar.
CHAC. (Confuso.) ¡Ah! (Pausa. Señalando la puerta de la biblioteca.) ¿Quiere usted esperarme, Bragelin? En seguida voy.

ESCENA V

ELENA y CHACEROY

CHAC. ¿No has llamado?
ELENA No... Traje la llave. La cogí esta mañana.
CHAC. ¡Y Bragelin te ha visto!
ELENA ¿Ese caballero? Claro. Yo también á él. ¿Es Bragelin, el joyero?
CHAC. Sí... Puede que te conozca...
ELENA ¿Te ha traído alguna buena noticia?
CHAC. ¡Palabras!
ELENA Entonces, ¿su aviso anterior?...
CHAC. ¿Quién hace caso?... Pero, Elena, alma mía, no deberías haber vuelto hasta mucho más tarde. Es una imprudencia que te vean en mi casa.
ELENA Ahora, ya...
CHAC. ¿A qué publicarlo?
ELENA ¿Y para qué ocultarnos? Piénsalo, amor mío. El escándalo está en su apogeo. Ayer dejé á mi pobre madre hecha un mar de lágrimas; á mi padre furioso... Salí de allí como loca... No volví á comer... He pasado la noche aquí... Te he obligado á tenerme contigo... (Roberto da un paso hacia ella. Elena retrocede vivamente.) ¡Figúrate la emoción de todos, el estupor de mi marido, las murmuraciones de los invitados!...

CHAC. Con todo; prefiero que la gente...

ELENA ¿Qué importa la gente, si ya soy tu mujer para siempre, si nunca nos separaremos, si mañana partiremos juntos!...

CHAC. Por eso. Nuestro viaje será una fuga. No hay que pensar en encontrar el dinero.

ELENA ¿Por qué?

CHAC. (Encogiéndose de hombros.) ¡Bah!... Si mis acreedores no aceptan el pagarles á plazos...

ELENA Aceptarán.

CHAC. No lo sueñes.

ELENA (Dolorosamente.) Aceptarán... Es preciso... Quiero que huyas conmigo, libre, alegre, dichoso. ¡Lo quiero!

CHAC. (Intentando acariciarla.) ¡Elena mía!... ¡Levanta esos ojos!... ¡Qué cara tan triste!... ¡Esa lividez!... ¿Qué significa esto?

ELENA (Retrocediendo y esquivándole.) Nada. Estoy algo cansada.

CHAC. ¡Durante el almuerzo tenías la tez tan fresca, el espíritu tan audaz!...

ELENA Todo volverá.

CHAC. (Con ternura.) ¡Amor mío! ¡Nunca te he visto así!

ELENA (Que no quiere dejarse tocar.) No te preocupe... Estoy fatigada... Nada más... Anda, vé á hablar con ese caballero.

CHAC. Sí. Le despido al instante. (Vase.)

ESCENA VI

ELENA, sola

(Elena, apenas queda á solas, diríjese rápidamente al espejo. Contémplase en él durante algunos instantes, atónita, como si viera reflejada la imagen de una extraña. Después, con gran violencia, levanta los brazos, cruzándolos, y con ellos se oculta el rostro. Al fin toma asiento Tiene la mirada fija, trágica; el aspecto terrible de una fiera vencida. Inconscientemente se lleva las manos al talle, como si quisiera despojarse de una intolerable vestidura. Se levanta de súbito como movida por el espanto de sus recuerdos, y ahoga un grito. Entra Chaceroy.)

ESCENA VII

ELENA y CHACEROY

ELENA (Lanzándose á los brazos de Roberto, agazapándose en ellos, apretándose contra él.) ¡Tú!... ¡Tú!...

CHAC. ¡Elena!

ELENA ¡Calla!... ¡Abrázame!... ¡No me dejes!... ¡Calla! ¡Tú!... ¡Tú!...

CHAC. ¡Hermosa!... ¿Lloras?

ELENA No.

CHAC. ¡Sí! ¡Estás temblando! ¡Tienes las manos heladas!... ¡No me asustes! ¿Qué sientes?

ELENA No sé. (Apoyada en el hombro de Roberto.) Ha sido una pesadilla... ¡Esa caminata!... ¡Ese vagar por las calles de París, sombrías, fangosas, con lluvia!... ¡Me sentí tan lejos de tí, tan sola!... ¡Qué horrible soledad!

CHAC. ¡Estás nerviosa, Elena mía!

ELENA Sí... mucho. (Riéndose.) ¡Qué cabeza la mía desde hace cuarenta y ocho horas!... ¡Al fin aprendo á vivir!... ¡Durante largos años mi vida no tuvo objeto! ¡Ahora sabré vivir para tí! ¡Nunca había necesitado de nadie!... ¡No había sido herida por la maldad de los hombres, por su brutalidad!

CHAC. No hubieras sufrido ese desengaño con tu padre, si no hubieras hecho traición á mi confianza... Elena, te atreviste á pedirle á tu padre...

ELENA No empecemos. Ya me perdonaste. Además, no me arrepiento de nada. ¡Esta ha sido la primera noche que pasé bajo tu techo! ¡Y te he amado tanto!... ¡Es imposible que ninguna mujer le pertenezca á un hombre como yo á tí!

CHAC. (Cogiéndole la mano.) ¡Elena de mi vida!

ELENA (Soltándose de él casi con violencia.) En adelante, sea yo como fuere, no dejaré de amarte, ¿lo oyes? Aunque caiga en la infamia, aunque lo sepas, aunque lo veas, no dudes de mí... Envilecida, manchada, ¡cree siempre en mi

amor! (Abrazándose á él.) ¡Dilo! Frente á todo y contra todos, creerás en mi amor. ¡Dilo! ¡Dilo!

CHAC. Pero, ¿qué significa esta exaltación febril? Vamos, ten juicio.

ELENA (Riéndose.) Es verdad... Divago. Perdona, Roberto. ¡Tengo tanto miedo!

CHAC. ¿Miedo?

ELENA ¡De tí!

CHAC. ¿De mí?

ELENA ¿Estás tramando otra vez algo contra nosotros mismos?

CHAC. ¡Elena!

ELENA ¡Por tí desprecié nombre, condición, familia, honra! ¡Lo que tanto querías conservarme! ¡Era un modo curioso de amarme el tuyo! ¡Me hubiera muerto!

CHAC. Te suplico... (Entra Francisco, y al ver á Elena se detiene azorado.) ¿Quién es?

FRAN. Ese caballero á quien aguarda el señor.

CHAC. ¿Ya?... Voy á recibirle. Que espere un momento. (Sale Francisco.) Es el representante de mis socios.

ELENA ¿No había ido á llevarles tus proposiciones?

CHAC. No. Prefirió pedir instrucciones por telégrafo.

ELENA Entonces, acaso sea la contestación.

CHAC. Quizás...

ELENA Te dejo... Escucharé desde el tocador...

CHAC. ¿Oirnos tú? ¡No! ¡Te ruego que no!

ELENA Pero...

CHAC. Para una conversación tan grave, necesito una absoluta libertad de espíritu... ¡Y tu presencia, tu proximidad!..

ELENA ¡Oh!

CHAC. ¿Saber que estás ahí? ¡Imposible! Te encerraré en mi cuarto, allá, al fondo...

ELENA ¡Encerrarme, no!

CHAC. ¡Amor mío! No es ocasión de niñerías. Ya sabes que me había reservado esta tarde... Ven, te dejaré en mi cuarto, bajo llave... (Abre la puerta de la derecha.) ¡Vamos, ven!

ELENA ¡Sea! (Deteniéndose.) ¿Qué ocultas? .. ¿qué ocultas detrás de esa mirada?

CHAC. (Riéndose.) ¡Loca! (Salen. La escna queda á solas durante algunos segundos. Chaceroy vuelve sólò y toca el timbre. Entra Francisco, y previo un gesto de Roberto, hace entrar al visitante.)

ESCENA VIII

CHACEROY y el BARÓN DE LEBOURG

(Breve silencio.)

LEB. (Se nota en su aspecto que está abrumado.) Buenas tardes, Chaceroy.

CHAC. Buenas tardes, Lebourg. (Otra pausa.)

LEB. (Titubeando.) Recibí la contestación de usted á mí telegrama de esta mañana... Le había suplicado que se pasara por mi despacho... Como punto de cita me parecía mejor... (Pausa.) Usted ha preferido su casa para la entrevista... No estoy en disposición de discutir esta preferencia. (Pausa. Roberto sigue impasible. Lebourg continúa ya en tono más irresoluto.) Chaceroy: usted y yo no somos dos inexpertos. Ambos conocemos á fondo la vida. ¡A veces tuvimos que luchar con ella á brazo partido! ¿Quiere, pues, que hablemos sin rodeos y sin medias tintas, como conviene á hombres de nuestro temple? Diga. ¿Quiere usted que hablemos así? (Roberto, que tiene las manos en los bolsillos, hace con los brazos un vago ademán que puede ser tomado por asentimiento.) Chaceroy, mi hija está aquí, ¿verdad?

CHAC. Sí.

LEB. Bien. No le dirigiré á usted ningún reproche. No trataré de conmoverlo. Mi sistema es otro. No describiré las horas de ansiedad, de desesperación que mi pobre mujer pasa desde ayer por la fuga de su hija, ni el anonadamiento en que cayó ese infeliz de Brechebel, cuando me fué necesario revelarle mi terrible descubrimiento... No. Dejemos estos detalles. Lo importante para mí...

CHAC. (Tranquilamente.) Es usted.

LEB. (Primero sorprendido y luego más animado.) Sea... Usted sabe mejor que nadie mis inclinaciones... mis aspiraciones... Por lo tanto, concebirá fácilmente que estas ambiciones se hallan, desde hace veinticuatro horas, gravemente amenazadas... Si Elena abandona el domicilio conyugal, si mi yerno y su familia se alejan de nuestra casa, ¡qué campanada! El mundo no me perdonaría semejante escándalo... Palabra de honor, que prefiero la ruina... Como trato, pues, de evitarnos esta vergüenza, esta calamidad, á los míos y á mí, he resuelto.. poner de mi parte lo necesario... ¡Ya ve usted que no disimulo... que digo las cosas como son!... (Con leve sonrisa.) Estoy á merced de usted... Y hablemos de usted ahora. Le he expuesto francamente mi situación. No oculto que también conozco la suya... ¡Sé los apuros de usted, Chaceroy!

CHAC. No ignoraba que usted lo sabía.

LEB. (Sin asombrarse.) Mejor... Así se simplifica todo... Usted se portará como es debido, usando de su autoridad, de su omnipotencia sobre el ánimo de Elena, serenándola y volviendo al hogar á esa desdichada... Yo, en cambio, mediante pequeñas concesiones, le sacaré á usted del atolladero... ¿Eh? ¿Podemos tratar sobre estas bases?

CHAC. Un momento... No embrollemos las cosas... Usted ha venido en busca de su hija, dando gran importancia á su regreso, porque, según parece, teme usted el escándalo... ¡Pero si este escándalo ya se produjo!... ¡La fuga, la ausencia nocturna!... ¡No hay modo de taparlo!...

LEB. (Interrumpiéndole.) No se preocupe usted.

CHAC. Permita usted; sí me preocupa... Y le agradeceré que satisfaga mi curiosidad. ¿Debo entender que hasta ahora ha podido usted ocultarlo?...

LEB. (Algo desconcertado.) Sí. A nuestros amigos. Para ellos, Elena se sintió súbitamente en-

ferma en París y hubo de acostarse en casa de su prima Genoveva Lebourg.

CHAC. Ya. Pero queda el marido. ¿Al marido se lo contó usted todo?

LEB. (Impaciente.) Eso importa poco, toda vez que...

CHAC. (Siempre con mucha sangre fría.) Me importa mucho.

LEB. Bien. Acabemos. Armando, que es una excelente persona, y que, á pesar de todo, está enamorado de su mujer, perdonará...

CHAC. No esperaba yo menos... De suerte que con volver la señora de Brechebel á Champville esta noche ó mañana...

LEB. Seguirá intacta su reputación... ¡Ni la menor sospecha!

CHAC. (Con imperceptible suspiro de consuelo.) ¡Ah! (Pausa.) Ahora oigamos las proposiciones.

LEB. (Ha recobrado el dominio de sí mismo, y se sienta.) Son muy sencillas.. Me ofrezco á librarle de sus acreedores.. ¡No de pronto! ¡No!... Escalonaré los pagos en un período de algunos años... diez, por ejemplo.,. ¡Oh! ¡No hay cuidado! Yo abonaré los intereses que fijen; así aceptarán la combinación... Durante esos diez años será preferible que usted viva en otro país... mejor, fuera de Europa. Le aconsejo que se instale en el Transvaal. Allí tengo buenas relaciones. Irá usted eficazmente recomendado, y dadas sus condiciones excepcionales, no tardará en asegurarse una brillante posición... Aparte de que no trabajará si no quiere... Durante los diez años le pasaré una renta... digna de usted.

CHAC. (Casi amable.) ¿Ha concluído usted?

LEB. Queda poco... Solo le pido una especie de relato del suceso escrito y firmado por usted... Si en el tiempo marcado mi hija huye de casa ó usted de su residencia, si ustedes se unen, me veré obligado á suspender los pagos y quedará usted exactamente en el mismo peligro que hoy. (Levantándose.) Confiese usted que estas prevenciones son naturales.

CHAC. ¿Ha acabado usted ya?

LEB. Nada más tengo que añadir.

CHAC. (Se dirige á él y le da un golpecito en el hombro.) Pues bien, querido Lebourg, voy a arreglarle á usted *eso* mil veces mejor.

LEB. Me parece que...

CHAC. (Secamente.) ¡Silencio!

LEB. (Estupefacto.) Pero...

CHAC. Basta. (Mirando el reloj.) Son poco más de las seis... A las siete y media Elena entrará en un restaurant... Notre Dame, veintisiete... Es casi un figón... Solíamos comer allí para no ser vistos... Esta noche, cuando penetre Elena en el gabinete que tenemos reservado, en vez de encontrarse conmigo se hallará con sus padres. Porque supongo que la señora de Lebourg está en París.

LEB. Sí.

CHAC. Avísela usted, pues, y esperen juntos á su hija... No la asusten. ¡Nada de dureza! Sean con ella suaves, tiernos... compasivos. Conquístenla y llévensela... ¡Pobre! ¡Pobre Elena!

LEB. Pero, ¿y usted?

CHAC. Eso ya es otra cosa... Dentro de un momento, cuando usted se vaya, ella se marchará también, yo quedaré solo... Pasaré á mi cuarto... Allí, en dos alcobas, hay dos divanes muy amplios, muy hondos... me tumbaré en uno de ellos y me pegaré un tiro.

LEB. ¡Chaceroy!

CHAC. ¡Lo dicho!

LEB. ¡Roberto!

CHAC. ¡Palabra!

LEB. ¡No! ¡Eso es imposible!

CHAC. Pierda usted cuidado; no me temblará el pulso. (Pausa.)

LEB. ¡Vamos, vamos! ¡Basta de tonterías!... A pesar de su ofensa, perdura en mí el recuerdo de nuestra amistad... y no he de consentir...

CHAC. (Desdeñoso.) ¡Lebourg!

LEB. Cierto que usted faltó... Verdad que la falta fué grave... El Código le llamaría delito... Pero expiar un delito con la muerte sería...

CHAC. ¡Falta! ¡Expiación! ¿Quién se acuerda de eso?... Si me propongo desaparecer es únicamente porque juzgo llegada mi hora.

LEB. No le entiendo á usted.

CHAC. Siempre miré el suicidio como un desenlace fatal de mi vida. Joven y muy pobre, gracias á las prodigalidades de mi padre, elegí la carrera de rico. Es una carrera sembrada de peligros... ¡Sin embargo triunfé!... Hasta el último momento he vivido suntuosamente. ¡Qué lucha para ello! ¡Qué lucha sin tregua!... ¡Me había acostumbrado!... Tenía que llegar el instante en que mi sangre fría, mi fuerza de voluntad, todo lo que me convertía en algo superior, me abandonara repentinamente... Siempre me prometí que, al presentarse esta circunstancia, yo sabría quitarme de en medio... Pues bien; en la madrugada del jueves al viernes, dí la señal de partida... Eso es todo.

LEB. De suerte que sólo por bravatas, por paradojas...

CHAC. (Sin hacerle caso.) Si durante estos días busqué el medio de salvarme, sólo fué guiado por el instinto... En el fondo de mi alma me sentía preparado... y—¡asómbrese usted de mi decadencia!—en vez de licenciarme serenamente, sin aparatosidad inútil, corrí á alarmar y asustar al único sér que existe para mí! ¡Las cobardías se pagan! Tuve que jurar por ella que volvería á verla... ¡Y soy supersticioso! ¡No pude faltar á ese juramento!... Anoche llegó aquí sollozante, descompuesta, fébril... Se agarró á mí como si se ahogara.. ¡Sus gritos me estremecían! ¡La adoro! ¡Nos amamos!... ¡Quiso quedarse y se quedó!... (Pausa.) ¡Lo peor fué, que al lado de ella tuve miedo á la muerte!... (Serenándose.) Felizmente, su telegrama de usted me reanimó. ¡Ella es joven! ¡Pasarán los años! ¡Olvidará! (Acercándose á él.) ¿No es cierto que me olvidará?

LEB. ¡Naturalmente! ¡Y usted á ella también! ¡Antes de seis meses! Porque no se matará usted... Es usted un hombre de talento; sabe que la muerte es lo desconocido, el peligro, la nada... La existencia vale la pena de con-

servarla... Luchar, ahondar, temblar, triunfar, tener conciencia de sí mismo, de los demás seres, del propio poder para arrancar á las cosas su fruto, extraer su savia, su perfume... Es imposible que usted no comprenda el esplendor de esto... ¡la poesía de esos placeres!... ¡Y un hombre joven, fuerte, á quien ya nada amenaza!... ¡Aparte de que todo es preferible al no ser! ¡Vivir! ¡Vivir! ¿Habrá quien no ame la vida?

CHAC. Usted y yo, querido Lebourg—no trato de ofenderle—no somos de la misma especie... Perdóneme que se lo diga por la primera y última vez: usted es un advenedizo... Yo admiro su tenacidad, pero esta no borra el origen... Usted será siempre el hijo, el nieto y biznieto de sabe Dios quién, de hombres que se sacrificaron para amasar, en medio de la fealdad de las cosas. Ahora acaba usted de descubrir la elegancia, el placer, la ociosidad. Las nobles relaciones, los modales distinguidos, la pureza de líneas, el encanto de las conversaciones, la... facilidad y belleza de la vida, todo le sorprende, maravilla, y deslumbra... ¡Pero yo, que soy el heredero de una gran familia, que desciendo de una serie de espíritus poderosos y privilegiados, hombres de fuerza, hombres de amor, hombres de gloria, yo no comparto su alegría de vivir!... Al venir al mundo, ya llegaba cansado; al abandonarlo, no será duro el sacrificio. (Gesto de Lebourg.) Claro que no se trata de una fiesta; pero estoy tranquilo. (Viendo que Lebourg se encoge de hombros.) Evidente; usted no puede comprenderlo. Lo repito, Lebourg, no somos de la misma raza... (Casi con violencia.) Pero esto sí lo comprenderá usted, mi solución es más práctica que la suya... (Empieza á anochecer.) Su proyecto de desterrarme era descabellado. Al cabo de algunas semanas, Elena se escaparía y usted volvería á salvarme... Nadie mete en la cárcel al amante de su hija... Yo podría abusar de mi situación... No discutamos, pues, y deme usted las gracias.

LEB. Sostengo mis proposiciones y le suplico...

CHAC. Es inútil. Harto hemos hablado. (Pausa. Desde un rincón Lebourg mira á Roberto como si acechara su presa.) En esa misteriosa serenidad que empieza á poseerme, sólo una angustia no se aplaca... ¡Elena! Es una mujer extraordinaria... Terca y apasionada... ¡Cuidado! Durante días y meses no dejarla sola... ¡La confío á sus padres!... Prométame usted que, durante mucho tiempo, será cuidada, vigilada, espiada... ¿me da usted su palabra? (Gesto de asentimiento en Lebourg.) ¡Al fin! ¡Ya veo que recoge usted piadosamente mi última voluntad!

LEB. Sigo ofreciéndole á usted...

CHAC. Nada, nada... Notre-Dame, veintisiete... Y vaya usted con la señora de Lebourg. ¡Deseo que su madre esté allí!...

LEB. ¡Vamos, Chaceroy!...

CHAC. ¡Chist! Basta... Separémonos como hombres de mundo... ¡La distinción, Lebourg!... (En serio.) ¡Sobre todo la distinción! (Le da su sombrero.) Adiós. (Lebourg acaba por coger el sombrero. Roberto le obliga suavemente á moverse de sitio, y al decirle «adiós» dándole un golpe en el hombro, le deja casi en la puerta del vestíbulo. Lebourg se frota la barba nerviosamente. Al llegar al umbral duda y da un paso hacia Chaceroy, vuelve á desandarlo, y tras de una mirada de hombre que mide el pro y el contra, sale deslizándose y cerrando la puerta sin ruido.)

ESCENA IX

ROBERTO DE CHACEROY y ELENA. Roberto se convence de que Lebourg se ha marchado y sonríe tristemente. Sale por la primera derecha, para reaparecer al momento acompañado por Elena

CHAC. (Terminando una frase empezada entre bastidores.) Sí... Una especie de instancia... aceptando el compromiso y enumerando las garantías... Voy á redactarla inmediatamente... En cuanto lleguen te la leeré.

ELENA Entonces, ¿esos señores vendrán aquí?
CHAC. Con un abogado. Ignoraba que estuvieran en París.
ELENA ¿Y tienes esperanzas?
CHAC. No sé.
ELENA ¿Era su representante?
CHAC. Sí. Ellos llegarán antes de media hora: el tiempo de escribir ese documento. ¿Tú sales?
ELENA (Que querría quedarse.) A la fuerza. Aquí te estorbaría...
CHAC. No; pero... ese trabajo... ¿No querías ver á tu prima Genoveva?
ELENA Es verdad. ¿Dónde nos reuniremos?
CHAC. En el restaurant.
ELENA ¿A las ocho?
CHAC. ¿Prefieres á las siete y media?
ELENA Mejor. Seré puntual. Hasta luego, Roberto.
CHAC. Adiós, Elena. (Largo beso en los labios. La obscuridad es casi completa.)
ELENA (En los brazos de Roberto.) ¡Cuándo estaremos lejos de aquí los dos! ¿Qué es eso? ¿Lloras? (Tocándole la cara.) ¡Sí; estás llorando! ¡Tú, que no lloras nunca!
CHAC. ¡Hay derecho para sentirse conmovido cuando va á emprenderse un viaje tan largo!
ELENA ¡Pero un viaje feliz! ¿Verdad, amor mío?
CHAC. Así lo espero.
ELENA ¡A trabajar!... ¡Hasta muy pronto! (Le besa y sale.)

ESCENA X

ROBERTO DE CHACEROY y FRANCISCO. Roberto, ya á solas, enciende un cigarrillo. Luego toca el timbre. Entra el criado trayendo el sombrero, los guantes y el bastón, que deja sobre un mueble

CHAC. Francisco. Toma un coche y que te lleve al restaurant; ya sabes, Notre-Dame, veintisiete. Que me reserven un gabinete.
FRAN. Está bien, señor.
CHAC. ¡Ah! Cuando vuelvas verás dos cartas sobre la mesa. Llévalas y no te ocupes de mí.

FRAN. ¿El señor va á salir?

CHAC. Quizás... Ve pronto, ¿eh?

FRAN. En seguida. (Mutis. Roberto pone sobre la mesa las cartas que escribió al comenzar el acto. Tras de apagarlo cuidadosamente, deja el cigarrillo en un cenicero. Dirígese luego á la puerta de la izquierda. Detiénese un segundo para lanzar una rápida mirada á aquellas paredes que no volverá á ver. Entra en su cuarto, cerrando por dentro con llave. La escena, desierta; la noche muy obscura. Oyese el timbre de la puerta del piso. Después otro timbrazo prolongado, luego otro y otro. Al fin ábrese la puerta del vestíbulo y entra Elena seguida de Bragelin.)

ESCENA XI

ELENA y BRAGELIN

ELENA (Bastante alto.) Entre usted. (Da luz.) ¿Ha salido? No. Ahí tiene el sombrero y el bastón. (Bajo á Bragelin.) ¿Está entendido, eh?

BRAG. Sí, señora, Condesa.

ELENA Le ví á usted en la avenida Marceau... Le reconocí puesto que acababa de verle aquí... Le seguí para saber la noticia, y como usted llamaba inútilmente, le abrí con mi llave.

BRAG. Perfectamente.

ELENA (Sonriente.) Espere usted aquí. (Entra en la biblioteca.) ¡Roberto! ¡Roberto! (Reaparece y cruza la escena para dirigirse al cuarto de su amante. Llega á dos pasos de la puerta cuando suena un tiro. Elena se queda aterrada, como clavada al suelo. Después se arroja sobre la puerta, trata en vano de abrirla, golpea las maderas con el puño y cae desmayada en tierra gritando:) ¡Roberto! ¡Roberto mío! (Telón.)

FIN DEL DRAMA

Queda prohibida en absoluto la venta de est
obra. La tirada se hace exclusivamente para servi
los archivos de las Compañías que la representen
en España, las cuales responderán de los ejempla
res que con tal motivo se les facilite.